

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA É ILUSTRADA REUNIDAS.



1853.

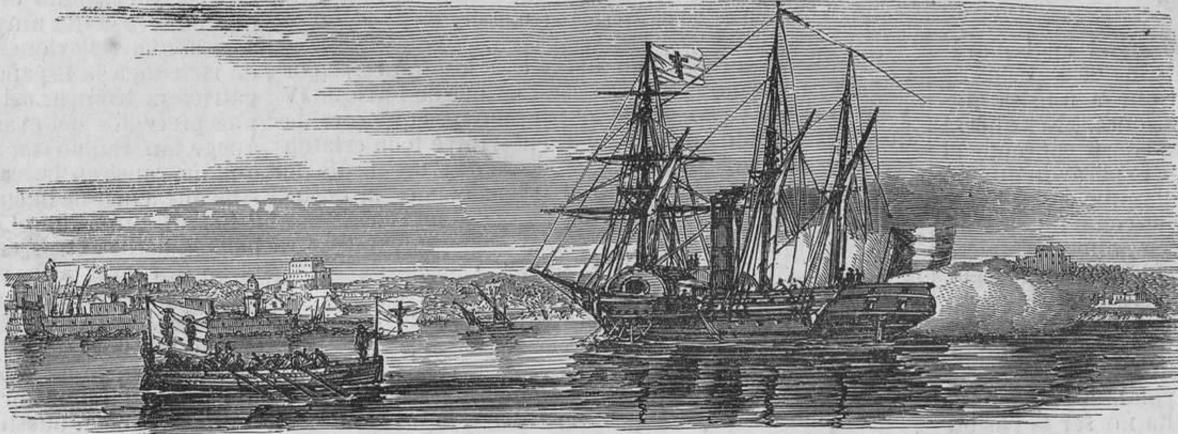
EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE y MÉLAN.

AÑO 12. — N° 26.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO:

Poetas españoles contemporáneos; D. José Zorrilla. — Curiosidades inglesas. — Puente del Espíritu-Santo. — Fiestas del Ramazan en Constantinopla; grabados. — Francia pintoresca; grabados. — Historia de la semana; grabado. — A las lectoras. — Fortificaciones de Nancy. — Vista interior de las galerías de San Huberto, en Bruselas. — Concurso general de animales reproductores, instrumentos y productos agrícolas en Orleans; grabados. — Exposición floral de Versalles; grabados. — Las tres Paris. — Monumento de la Magdalena en Paris. — Exposición de Bellas-Artes de Paris; grabados. — Amor despues de la muerte. — Castillo de Laval. — Revista de la moda. — Museo de Thorwaldsen en Copenhague. — Casa consistorial de Paris; grabado.



El papa sale de Porto d'Anzio.

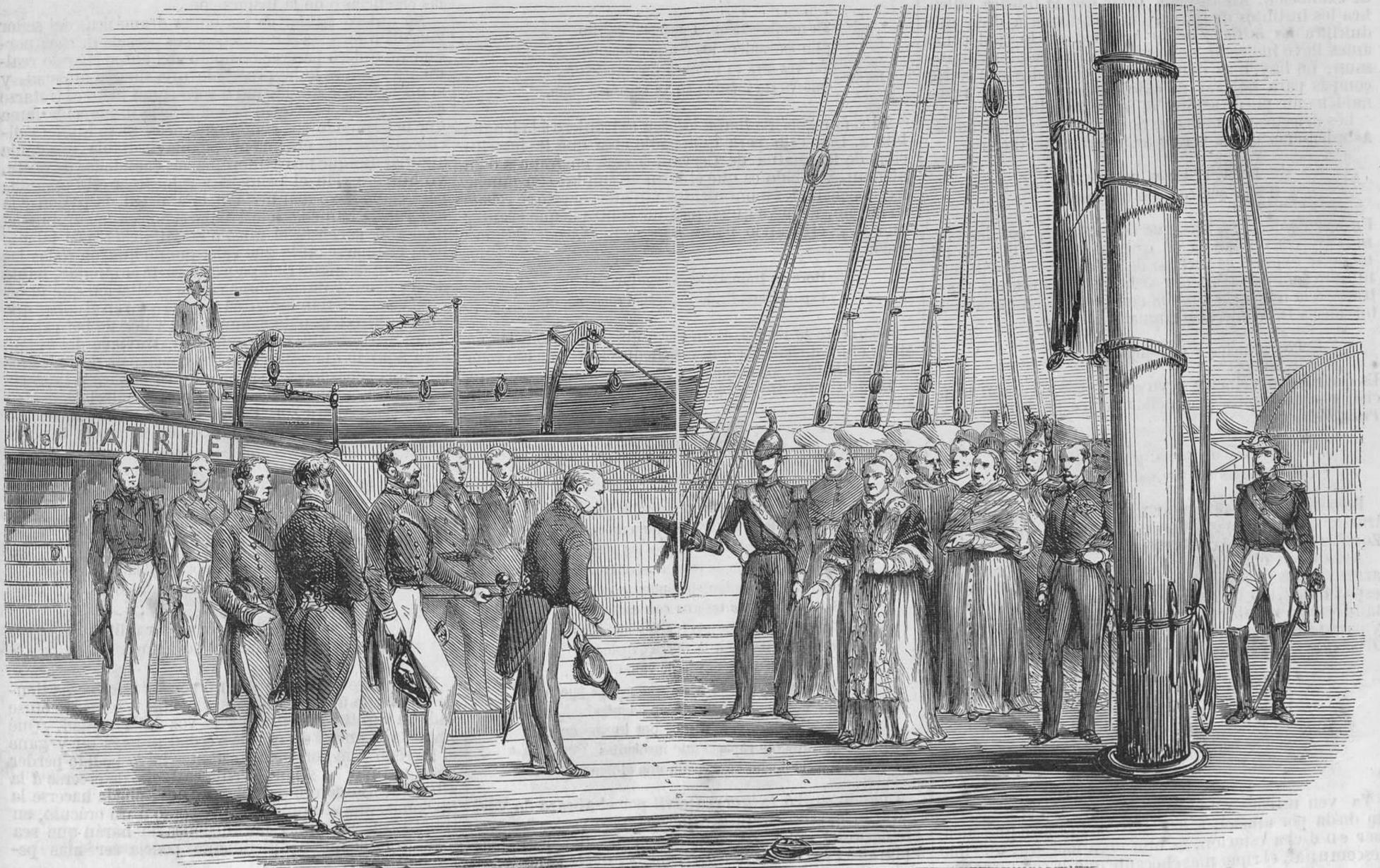
POETAS ESPAÑOLES

contemporáneos.

DON JOSÉ ZORRILLA.

Artículo cuarto.

Una cosa muy particular he observado en el señor Zorrilla, y es que mientras otros versificadores luchan solo con la dificultad de la rima, él se ve siempre arrastrado por la fuerza de la medida. Así para criticar á los malos poetas cuando la precision de hablar en verso les obliga á decir lo que no han podido imaginar,



Recepcion del papa á bordo del *Météore*.

se ha citado siempre este famoso pareado :

¡Fuerza del consonante á lo que obligas!
¡A decir que son blancas las hormigas!

Los ripios y abundantes absurdos de Zorrilla son mas censurables que los de otros por lo mismo que no son debidos á la fuerza del consonante; pues como hemos visto, este poeta llama imbécil al pueblo de Toledo, no porque la rima se lo exija, sino para completar las once sílabas del verso. Por la misma razon llama inválido al mismo pueblo precisamente en la composicion en que dice que dicho pueblo tiene los *piés de religion*, lo que prueba que si Toledo es un pueblo inválido, no es porque no tenga buenos piés. Obedeciendo á la susodicha ley de la medida, dice el autor en la poesia dedicada á Salas y Quiroga

Es el poeta en su mision de hierro;...

y en la que tiene por epígrafe « A una mujer : »

Ayer el alba amarilla, etc....

Como si fuera fácil comprender lo que él quiere decir con la tal *mission de hierro*, que tambien podia ser mision de cobre, de estaño, de antimonio ó de cualquiera otro metal, y como si en el allia predominase el color amarillo sobre los otros del espectro solar.

En fin, el señor Zorrilla, amarrado siempre al yugo feroz de la medida, infringe todas las leyes de la lógica, y hasta de la gramática, sobre lo cual citaré algunos aunque pocos ejemplos. Ved aquí entre otros un terceto de este autor que los honrados vecinos de Madrid están cansados de ver en el telon del teatro de la Cruz :

La música las fieras domestica
Y en nuestro corazon de las pasiones
Los salvajes instintos dulcifica.

Terceto eminentemente prosáico en el cual manifiesta el autor ignorar absolutamente lo que es pasion, y lo que es instinto, puesto que dice que la música dulcifica los instintos salvajes de las pasiones. ¿Nos querrá explicar el señor Zorrilla lo que es en su concepto el instinto de una pasion? Nadie puede explicar lo que no sabe. Yo solo le diré al señor Zorrilla, que la pasion y el instinto son dos cosas tan parecidas como una planta cualquiera á otra de la misma especie, diferenciándose solo en su distinto grado de desarrollo. El amor, por ejemplo, es un instinto, pero cuando el amor se exagera ó exalta, por una causa cualquiera, el instinto recibe el nombre de pasion. Lo mismo podria decirse del amor propio que conduce á la vanidad, del deseo de adquirir que lleva á la ambicion y, en una palabra, de todos los instintos humanos; de donde resulta no ser la pasion otra cosa que la exageracion de un instinto, ó lo que es lo mismo, el mismo instinto llevado á cierto grado de exaltacion. Ahora bien, decir que la música dulcifica los instintos de las pasiones, equivale á decir que dulcifica los *instintos de los instintos*, en lo cual como ántes llevo indicado, no hay lógica, no hay sentido comun, no hay mas que palabras colocadas con cierto compás para halagar al oido, único fin á que razonablemente puede aspirar el señor Zorrilla.

Los defectos gramaticales no son menos monstruosos. Acordémonos de los versos á Calderon que dicen

Donde se lee en un rincon
Mas que con ojos con manos.

En vez de decir : « Mas que con los ojos, con las manos, » y convengamos en que un hombre que de tal modo se expresa es incapaz de conocer la gramática de nuestra lengua; pero por si hacen falta nuevas citas, traeré á la memoria aquella composicion en que el autor dice á D. Wenceslao Aguilar :

Con príncipe y yo compárate.

Es decir « con príncipe y yo » en lugar de « con príncipe y conmigo : » Y aquellos versos de Teudia en el *Puñal del godó* :

Y con caballo y lanza, y yo escudero,
Si no podeis ser rey, sed caballero.

Pero no quiero presentar mas ejemplos para demostrar lo que nadie pone en duda, esto es, que el señor Zorrilla no conoce la lengua castellana.

Aunque he dicho que este autor se ve con frecuencia arrastrado por la fuerza de la medida, en lo cual es una especialidad, no he querido por esto decir que no paga tambien un regular tributo á la fuerza del consonante, y para probarlo sacaré de la poesia que lleva por título *Tenacidad*, este ejemplo que vale por muchos :

Haréme por el verano
Un trono con espadaña,
Y haré en el invierno *cano*
Por burlar el viento insano
Mi hoguera en una cabaña.

Ya ven ustedes que eso de llamar *cano* al invierno, sin duda por alusion á lo blanco de la nieve que suele caer en dicha estacion, es una obra maestra, un ripio descomunal, el ripio mas chocante que de comun acuer-

do han podido producir la impotencia y la extravagancia.

Por último, ya que voy manifestando las grandes ridiculeces en que consisten los principales defectos de Zorrilla, apuntaré tambien un estribillo de dicho señor que probaria poca cultura como manía, y repugna á la conciencia como cálculo. Hablo de la patrioteria con que este autor ha solicitado los aplausos de la multitud venglera, y digo patrioteria porque los raptos de nacionalidad que no están motivados por las circunstancias y santificados por la dignidad de su ostentacion no merecen usurpar el santo nombre del patriotismo, y así como hay gran diferencia de oficialidad á oficialeria, y de poeta á poetaastro, creo yo que media un abismo entre lo que realmente merece el título de patriótico, y lo que solo debe llamarse patriotero. Zorrilla ha explotado la fácil mina de ese nacionalismo ruin, de ese miserable espíritu de localidad egoista que sostiene hace mas de mil ochocientos años el combate contra el magnánimo sentimiento de la fraternidad universal, porque es un recurso tan sencillo como infalible para llegar á la ovacion. Firme en este propósito, le vemos afectar continuamente un españolismo chillon, hueco, enfático, que aserta venablos contra la Francia, cuando la Francia no se mete con nosotros, y hasta cuando nos dá pruebas inequívocas de cordial inteligencia; porque conviene observar de paso, que Zorrilla para mas identificarse con el vulgo, circunscribe la tierra extranjera á las fronteras de la Francia.

Veán ustedes á que inoportunas y pequeñas consideraciones se entrega el señor Zorrilla hablando de la estatua de Cervantes, precisamente cuando la nacion acababa de dar una muestra de simpatía y veneracion al autor del Quijote, erigiéndole un monumento.

Si es pedestal ó túmulo se ignora;
Mas sin duda temieron que indignado
De la piedra en que está salte á deshora
Segun se ve de hierros circundado.

El mismo cargo podia hacerse á los franceses por haber circundado de hierros las estatuas de Enrique IV y de Luis XIV; pero nadie ha pensado mas que Zorrilla que el enverjado en que suele encerrarse toda estatua sea para esta una prision, cuando solo es un medio de impedir que los ociosos y mal intencionados la ensucien ó la estropeen. Y continua :

Hoy en la inmóvil colosal figura,
Derramada la lluvia se destrenza
Y está sombrió en pié sobre una altura,
Como sacan un reo á la vergüenza.

No habia en mi concepto mas medio de evitar estos inconvenientes que no haber levantado la estatua. Y sigue :

Tu nombre tiene el pedestal escrito
¡En extranjero idioma por fortuna!
Tal vez será tu nombre un *Sambenito*,
Que vierta infamia en tu española cuna.

El señor Zorrilla llama idioma extranjero á la lengua latina. Digo esto para que nadie crea que la inscripcion de la estatua de Cervantes está en francés ó en aleman, y sabido es que el latin se emplea con mucha frecuencia en los monumentos, sin que por esto se rebaje su mérito, ni haya quien reclame contra lo que el autor que voy criticando llama *extranjero idioma*. Despues añade :

¡Hora te traje á luz desventurada!
¿Español eres?... lo tendrán á mengua, etc.

Todo esto lo repito, es un arranque de patrioteria que lleva el fin de halagar á la muchedumbre; por eso todo es inmotivado é intempestivo.

He aquí otra muestra de la vena patriotera de este autor.

A ESPAÑA ARTÍSTICA.

SONETO.

Torpe, mezquina y miserable España,
Cuyo suelo alfombrado de memorias
Se va sorbiendo de sus propias glorias
Lo poco que ha de cada ilustre hazaña.
Traidor y amigo sin pudor te engaña,
Se compran tus tesoros con escorias,
Tus monumentos ¡ay! y tus historias
Vendidos llevan á la tierra extraña.
¡Maldita seas, patria de valientes,
Que por premio te das á quien mas pueda
Por no mover los brazos indolentes!
¡Sí, venid, voto á Dios por lo que queda
Extranjeros rapaces que insolentes
Habeis hecho de España una almoneda!

Quando acabó la guerra civil por el abrazo de Vergara, se leyeron en el teatro del Príncipe varias composiciones del señor Zorrilla, las cuales llevaban estos epígrafes : *Hermanos como españoles, libres como españoles, venerosos como españoles*, y á pesar de todas estas

buenas cualidades de que el autor cree dotados á los españoles, concluía sin venir á pelo para nada :

¡Atras las lises de la intrusa Francia!
¡Atras los mercaderes de Inglaterra!
Mientras valor nos quede y arrogancia
¡No ha de faltarnos libertad ni tierra!

Por último, para no molestar á mis lectores con los ejemplos sin cuento que podria citar, copiaré aquí algunas palabras de la dedicatoria que el autor hizo á sus amigos D. Juan Donoso Cortés y D. Nicomedes Pastor Diaz : « Al publicar el segundo tomo, dice, he tenido presentes dos cosas : la patria en que nací, y la religion en que vivo. Español, he buscado en nuestro suelo mis inspiraciones. Cristiano, he creído que mi religion encierra mas poesia que el paganismo. Español, tengo á mengua cantar himnos á Hércules, á Leonidas, á Horacio Coeles y á Julio César y abandonar en el polvo del olvido al Cid, á D. Pedro Ansurez, á Hernán Cortés y García de Paredes. Cristiano, creo que vale mas nuestra María llorando, nuestra semana santa y las suntuosas ceremonias de nuestros templos que la impúdica Venus, las nauseabundas fiestas Lupercales y los vergonzosos sacrificios de Baco y de Pluton. Español, halló cuando menos mezquino y ridículo buscar héroes en tierras remotas en menoscabo de los de nuestra patria; y cristiano, tengo por criminal olvidar nuestras creencias por las de otra religion contra cuyos errores protestamos á cada paso. »

Permitame el señor Zorrilla decirle que en todas estas palabras hace ver lo contrario de lo que él supone. Un español puede ser muy buen patriota sin tener á mengua el cantar las glorias de Hércules, Leonidas, Horacio Coeles y Julio César; un cristiano debe ser cristiano por la fé y no porque vea mas poesia en su religion que en el paganismo. El señor Zorrilla parece en estas líneas un español y cristiano de oficio, con la circunstancia de que no se ostenta muy entendido en la profesion, pues á poco que reflexionara en lo que dice, veria que pone en ridículo á la España con los hinchados sonos de su patriotera trompa, así como falta á uno de los mas sabios preceptos del evangelio hablando ese egoista lenguaje tan reñido con la fraternidad cristiana. ¿Pero á que me canso en buscar contradicciones? El señor Zorrilla que á fuer de buen español no quiere hacer himnos á Hércules ni á Julio César, los hace sin embargo á Napoleon, héroe extranjero tambien, y cuyas hazañas costaron tan caras á los españoles : el mismo autor cuya cristiana lira no tiene sonidos para las divinidades mitológicas, canta con entusiasmo las glorias de Boabdil, último rey moro de Granada.

No pongo yo en duda la lealtad española ni la fé cristiana del señor Zorrilla; pero le niego las dotes de verdadero poeta, puesto que donde quiera que examine sus obras, tengo la desgracia de hallar la ficcion del entusiasmo ó la apariencia de la fe y nunca el lenguaje de las creencias ó de la inspiracion.

No quiero hablar de las obras dramáticas del señor Zorrilla inferiores con mucho á sus poesías líricas; porque no quiero parecer enemigo del autor cuando realmente siempre le he profesado una sincera amistad, y si mi lenguaje ha sido tan severo como justo al tratarse de este autor, es solo en atencion á la inmerecida fama que le han dado sus contemporáneos. Si se hubiera dicho que Zorrilla era una apreciable medianía, que tenia algunas aunque no extraordinarias cualidades de poeta, yo hubiera sido el primero á robustecer esta opinion; pero como llevo manifestado, la amistad, la pasion y la ignorancia han colocado á dicho señor en la cumbre del moderno Parnaso; el mismo Zorrilla carece de talento para estimarse en lo que vale, puesto que en todas las obras que de algun tiempo á esta parte emprende, habla de sí mismo y de sus obras con la exaltacion que ántes reservaba á su religion y á su patria; y yo en el deber que como crítico tengo de examinar el valor de las capacidades para rectificar la opinion extraviada del vulgo, digo aquí lo que está ya en la conciencia de todos los hombres pensadores, á saber que la reputacion literaria de Zorrilla es una de las mas usurpadas de la época.

¿Se conformará Zorrilla con esta opinion? De seguro que no. El hombre que ha dicho en su poesia titulada *Gloria y Orgullo*

De un Dios hechura como Dios concebí,

y en la introduccion al tomo octavo, refiriéndose á su aparicion sobre la tumba de Larra :

Broté como una yerba corrompida
Al borde de la tumba de un malvado

Y el mundo y yo por mi primer delito
Desde entonces mirándonos estamos;

El hombre capaz de decir ó pensar tales cosas tiene de sí mismo una idea demasiado alta y bastante ofuse cada la razon para entender la voz de la verdad. ¿Qué importa? Con tal de que la verdad se haga oír y gane el terreno que por cortos instantes haya podido perder en el mundo, el señor Zorrilla es dueño de creerse á la altura de Homero ó del mismo Dios; puede hacerse la ilusion de que el mundo le mira como á un oráculo, en inteligencia de que estas ilusiones no harán que sea mas grande quien difícilmente podria ser mas pequeño.

J. M. VILLERGA.

Curiosidades inglesas.

ANUNCIOS.

La primera impresion de un extranjero que llega á Londres es la sorpresa. Admira desde luego estupefacto la capital de las capitales, tan distinta de las demás que ha visitado en el continente, porque todo en ella le parece nuevo y grande. despues se felicita por haber emprendido un viaje que debe producirle agradables sensaciones. Pronto sin embargo sucede la saciedad á la sorpresa; no tarda en fastidiarse y en contraer el *spleen*; quiere ausentarse de Londres, y se ausenta en efecto de aquella inmensa poblacion tan monótona en su misma variedad, sin placer y sin vida en medio de su animacion, que ha inventado casi todo cuanto puede ser útil, y que conoce muy poco de lo que es agradable. Londres es un pueblo en que el buen gusto se manifiesta tan pocas veces como el sol.

A pesar de esta pintura, la capital de la Gran Bretaña ofrece á un observador gran número de casos de estudio, tan característicos como opuestos entre sí. Vamos á hacernos cargo de algunas curiosidades inglesas poco conocidas ó imperfectamente descritas.

Entre ellas ocupan el primer lugar los *anuncios*. El anuncio en Londres no se contenta con aparecer fijo en las esquinas: persigue á los ciudadanos por las calles, los acosa, los sofoca, los mata. En esto se diferencian poco de los franceses: su plan al ménos es el mismo, y consiste en no dejar vivir al prójimo: introducen en todas partes, ya impresos, ya cacareados, de modo que la gran ciudad se convierte en un *pandemonium* infernal de gritos y de reclamos, que no hay mas que pedir. El diablo familiar del comercio y de la industria tiene allí sacerdotes energúmenos á todas horas, y los espíritus invisibles del buril, reproducen en carteles las mas estupidas concepciones, para solaz de los consumidores de artículos, que en todas partes se les meten por los ojos.

Aquí aparece MM. Moses é hijo asegurando que sus sombreros son tan ligeros y fuertes como una berlina de muelles, y que su anuncio debe leerse con mayor interés que el discurso de la corona ó la suma de los presupuestos. Allí se deshace otro en elogios de Roberto Peel, todo para recomendar una pomada con la cual conservó fuerte y abundante cabellera aquel célebre ministro.

¿Y qué dirémos del anuncio de la oficina de anuncios, que recorre las calles de la capital con diabólico estrépito atropellando todo lo que encuentra al paso? Solo puede ocurrir á un pueblo escéntrico por naturaleza el establecimiento de un depósito ambulante, de un despacho fijo que se encuentra en todas partes á horas fijas, que se encarga de llevar por sí mismo en cuerpo y alma los anuncios á sus diversos destinos: y esto un día y otro día, y todas las semanas, los meses y los años.

No hay industria que no se pasee al aire libre por los barrios de Londres: zapatos, telas, paños, libros, comestibles, instrumentos de música, de matemáticas, de cirugía, de todas las ciencias, detienen al paseante ó al hombre de negocios, y le hacen olvidarse de aquello mismo que mas afecta su pensamiento: el militar llega tarde á la lista, el comerciante desatiende un negocio de Bolsa, la modista no se acuerda de los encargos que le han hecho, y los marineros alquilones, esos dignos hijos del Támesis, que gastan en una hora de *gin* la ganancia de tres semanas, no se cuidan de los parroquianos que tal vez les esperan. ¿Qué mucho, si to los contemplan, convertidos en papanatas, una magnífica procesion de gorros de señora que desafian al viento y á la lluvia?

No hablemos de esas cajas que se anuncian á sí mismas llevando embutidos á los encargados de su expendicion. Como ellos dicen, ¿dónde podrán encontrar habitacion mejor ni mas barata? Preciso es convenir en que la extravagancia inglesa es la mas fuerte de todas las extravagancias humanas.

A ellas pertenecen asimismo esos sacrificios alarmantes con que se anuncian los ropavejeros, y las quiebras ó bancarrotas que con el mayor descaro echan por tierra el nombre de un negociante con autorizacion del mismo. Si este no es el último grado de la locura, no sabemos cómo calificarlo.

Por último, hasta los periódicos se han convertido en objetos de ridícula curiosidad; pero como lo esencial es aumentar la tirada de ejemplares ¿qué importa que el público sensato, ó mejor dicho, que el extranjero tonto se ria de la estúpida especulacion, con tal que sea especulacion, y por muy estúpida que sea? El ejemplo se nos presenta en el anuncio campana del periódico *Railway-Bell*, que cuenta con un número inmenso de lectores, y que solo se publica los sábados, empleando los demás días de la semana en recoger suscripciones, del mismo modo que los trenes de un camino de hierro recogen viajeros en todas sus estaciones.

No acabariamos seguramente si nos empeñásemos en pasar una revista completa á todas las clases de anuncios de la ilustrada capital de los tres reinos. Seria preciso adoptar el sistema de los naturalistas, y dividirlos en familias, géneros y especies: ni aun bastaria esto, porque habria que describir el individuo, pues hablando en puridad, estamos persuadidos de que en Londres cada individuo es un verdadero anuncio.

Puente del Espíritu Santo.

La ciudad del Espíritu-Santo, en el departamento del

Gard, en Francia, está situada á la orilla derecha del Rhone. Su puente notable por su atrevimiento, su elevacion, su anchura, su solidéz, se empezó en 1265 y concluyó en 1309, de manera que hace cinco siglos que resiste á la impetuosidad del Rhone, que en este punto es de una fuerza prodigiosa. Su longitud es de 318 metros 59 centímetros; pero su anchura de un parapeto á otro apenas tiene 2 metros y 30 centímetros. Se compone de 23 arcos de plena cintras, diez y nueve grandes y cuatro pequeños. Cada pilar tiene además una pequeña arcada por bajo del estribo para dar paso á las cuerdas.

Las dos terceras partes están fundadas sobre rocas y el resto sobre pilotines. Este puente es notable por una particularidad, y es que no está construido en línea recta; hace un recodo muy perceptible, que se nota tambien en el puente de piedra de Lyon.

Fiestas del Ramazan en Constantinopla.

Creemos que en estos momentos en que la célebre cuestion de Oriente absorbe la atencion general, nuestros lectores de América leerán con gusto todo lo que se refiere á esa interesante parte del viejo mundo. Con este objeto damos á continuacion los grabados que á este artículo acompañan, y para que el relato de las actuales costumbres de Oriente sea mas exacto, tomaremos algunos detalles de una carta escrita desde Constantinopla por un célebre viajero que ha tenido la satisfaccion de presenciar lo que describe.

« El gusto de la moderna literatura, dice, empieza á propagarse en el imperio otomano, y desgraciadamente el número de autores no guarda relacion con el de los lectores. Pero ¿qué dificultades no tiene que vencer el que ha de dar una obra á luz!

» Exceptuando algunas grandes arterias, tales como los mercados, donde afluye la muchedumbre, la ciudad de Constantinopla, aunque muy poblada, parece un desierto: el ojo investigador del curioso viajero se estrellera en los muros que ocultan la vida interior. *Harem* significa lugar sagrado, y la inviolabilidad del domicilio será siempre un obstáculo á esas mil investigaciones necesarias al complemento de los estudios que debieran hacerse de las costumbres musulmanas. Sin embargo el velo tiende á rasgarse de día en día; las reformas políticas obran poderosamente sobre las costumbres. Para muchos turcos, y principalmente para los que trabajan en favor de la regeneracion del país, la poligamia no es ya mas que un derecho de que no quieren hacer uso. El eminente hombre de Estado Reshid-Bajá, el sabio Fua-Effendi, Ali-Bajá, Ibrahim-Bajá y mil otros que podria citar, no tienen mas que una sola esposa á quien dispensan las mismas atenciones que si viviesen en el Occidente. La reclusion de las mujeres no es ya mas que una palabra vana, pues se las ve circular por las calles de Stambul con tanta libertad como las francesas por las calles de Paris. Salen generalmente acompañadas de un negro, á pié ó en coche, recorren las tiendas, descomponen veinte piezas de tela para comprar una vara ó para no comprar, se informan de si las caravanas recién llegadas de Persia han traído algunos géneros de gusto, lanzando á los curiosos los rayos de sus ojos negros y rutilantes. Porque debemos decirlo, el velo tan rigurosamente llevado en Egipto, tan opaco en Siria, un poco trasparente en el Asia Menor, no es ya en Constantinopla mas que un recurso de coquetería.

» Debeis tenerme por muy dichoso, pues he tenido la fortuna de encontrar junto á la mezquita de Top-Hana una parte de las mujeres del harem de Su Alteza, que iban á tomar las aguas dulces de Europa. Estas mujeres, en número de veinticuatro, ocupaban seis berlinas que iban abiertas á causa del calor y por consecuencia pude ver á dichas mujeres todas ellas de una extremada belleza, graciosamente envueltas en ricos trajes de las mejores telas de Alepo y de Damasco, cubiertas segun costumbre con el velo y fusilando á los transeuntes con el fuego de sus miradas. Unos cuantos eunucos negros, montados en caballos ricamente enjaezados, las servian de escolta; parecian mas bien una guardia de honor que fastidiosos espías, y se ocupaban mas de sí mismos que de su obligacion. Decididamente hay gran distancia de estos tiempos á aquellos en que debiendo pasar las mujeres del harem imperial por tal ó cual calle, á una hora designada, cada vecino debia cerrar su puerta, la circulacion quedaba enteramente prohibida durante el paso bajo pena de.... El garrote de los eunucos y algunas veces el sable ó el yatagan habrian hecho pronto justicia á los contraventores.

» Ahora nos hallamos en el Ramazan, cuaresma durante el día y carnaval durante la noche. Exceptuando los arrabales de Pera y de Galata casi exclusivamente habitados por los francos, la ciudad parece hallarse dormida durante la primera parte del día, esto es, en las horas de la abstinencia, por la necesidad que tienen los habitantes de descansar despues de las fatigas de la noche. Hasta mediodía no empiezan á abrirse las tiendas renaciendo la actividad. La gente afluye en las calles, pero los turcos parecen debilitados por la penitencia: un absoluto ayuno que se imponen hasta del uso del tabaco, les hace estar tristes y como irascibles, con tanto mas motivo cuanto que durante el día los objetos mas tentadores se ofrecen á sus ojos, pues por una singular anomalía las tahonas y tiendas de comestibles, ofrecen á la vista durante el día lo mejor que tienen

en esta época del año. Así cuando el ruido del cañon anuncia que el sol ha desaparecido de este horizonte, la escena cambia como por encanto; la mas viva alegría sucede al mas profundo abatimiento; en un abrir y cerrar de ojos se ven encendidas todas las pipas, y solo despues de haber satisfecho esta primera necesidad toman alguna cosa de mas alimento. En todas partes se ve á las gentes comer con unas ganas bien justificadas por un ayuno de diez y seis horas. En un momento se llenan los cafés, se alumbran las casas, la música se oye por todas partes ¡y qué música! En el instante en que escribo estas líneas, un maldito organillo venido del departamento de Cantal ó de la Saboya, se ha establecido debajo de mi ventana aturdiéndome con su sonsonete que tiene embelesados á los turcos. Los empresarios de sombras chinecas, con gran contento del populacho, abren sus modestos teatros; pero este año probablemente tendrán pocas entradas á causa de haberse prohibido por la autoridad superior el *Kara-Guesse* funcion de polichinela de gran aceptación en el país.

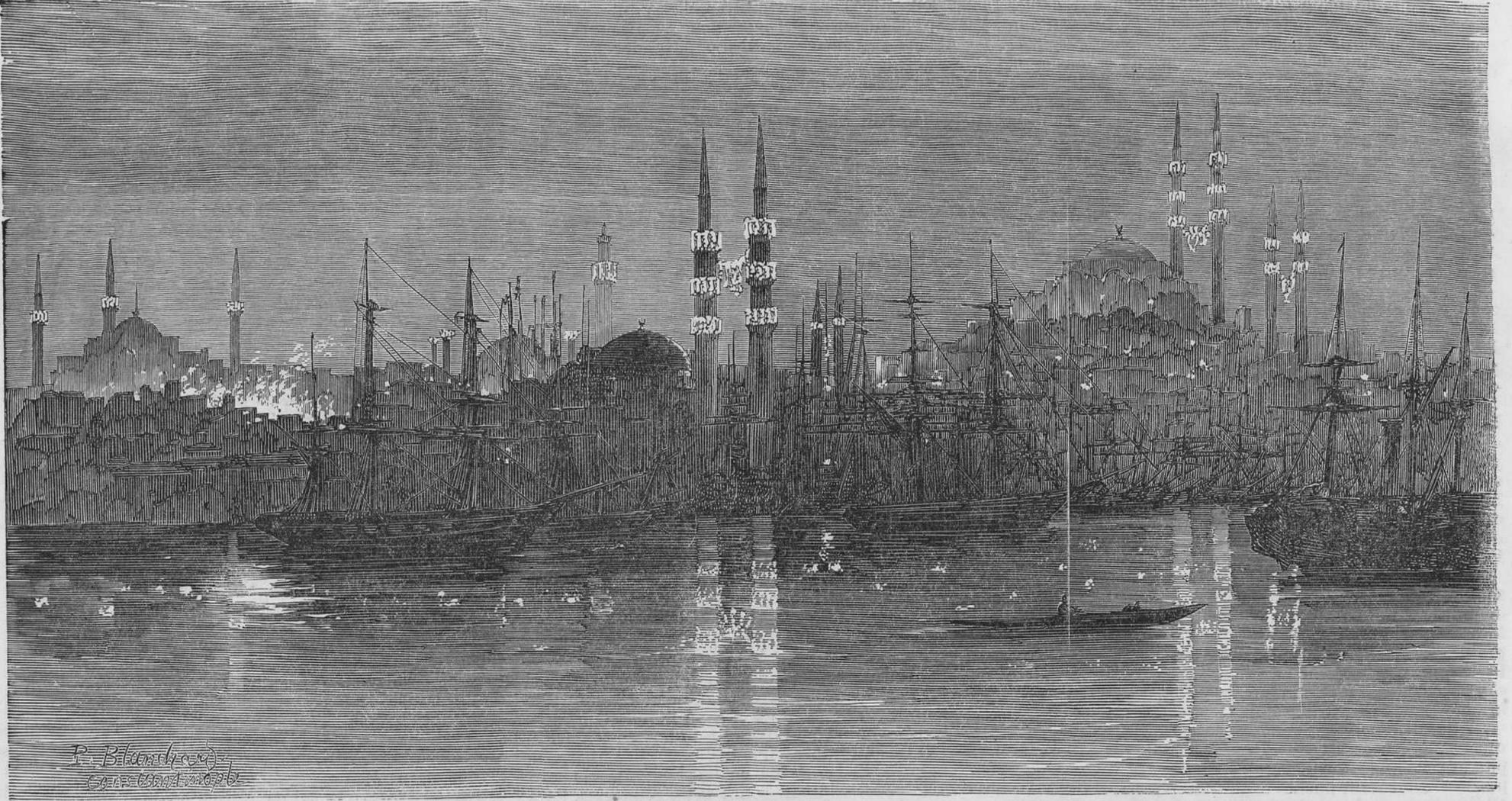
« Poco á poco, el crepúsculo da paso á la noche, la luna brilla en el hermoso cielo bañando con su luz la aglomeracion de mezquitas, palacios, torres, casas y cipreses que constituyen la ciudad de Constantinopla, esta ciudad asentada entre dos continentes y cuyos arrabales se extienden sobre las dos orillas del Bósforo presentando un desarrollo de mas de cinco leguas de edificios perdidos entre los árboles. Pronto un punto brillante seguido de otros mil, indica que ha llegado el momento de iluminar las mezquitas y al mismo tiempo los colosos que dominan la ciudad, Santa-Sofía, Sultan-Bajazet, Sultan-Ahmet, La Solimaneta, Yeni-Djami, proyectan en el cielo sus minaretes cubiertos de brillantes iluminaciones: la cifra bien conocida del sultan y algunos versículos del Koran suspendidos entre las torres en caracteres gigantescos, igualmente iluminados, centellean en el cielo como otras tantas constelaciones de colores variados. No hay minarete ni mezquita, y el número es inmenso, que no ciña su corona de fuego: un círculo de llamas refleja en las aguas del Bósforo á tanta distancia como puede la vista extenderse, y por todas partes resuenan gritos de alegría. Algunas veces se oyen voces que repiten los versículos del Koran ó la profesion de fe de los musulmanes: *La ilah á illah la Mohammet rezou! Allah* domina entonces; la expresion de la alegría cesa un momento para dar lugar á pensamientos mas en armonía con la solemnidad de este tiempo de penitencia. Pero pronto llega el cansancio detrás del exceso; la calma renace en las calles ántes tan animadas, y cada uno se retira á su hogar á ménos que la frescura de la noche no le convida á dormir á cielo raso. Pocos quedan aptos para gozar de la tolerancia del Profeta, que permite prolongar los placeres de la noche hasta el instante en que la claridad del nuevo día permita distinguir un hilo blanco de un hilo negro.

» Erepresentante del Profeta, el Sultan, encerrado ántes en los misterios de su serrallo apenas salia del harem, no presentándose en público sino rodeado de sus satélites á cuya cabeza iba el verdugo. Invisible para sus súbditos, su presencia era acogida con señales verdaderas ó simuladas de terror. Todo el mundo bajaba la cabeza delante de él sin que hubiese persona de valor suficiente para levantar los ojos del suelo. Era dueño absoluto de la vida de sus esclavos, y frecuentemente una ejecucion anunciaba un cambio de ministerio ó una destitucion. Estos tiempos, afortunadamente han pasado para nunca volver. La obra de regeneracion empezada por el sultan Mahmud se ha continuado por su sucesor, que ha dicho: « Miéntras yo viva no caerá ninguna cabeza bajo el filo del yatagan. » Y en efecto, aun no ha caído ninguna. Animado de sentimientos generosos y secundado por los hombres eminentes de que se rodea, el sultan Abdul Medjid marcha heroicamente por la via que le trazó su padre, con las ventajas que le da una educacion superior á la de todos sus antecesores, y á pesar de la oposicion sorda de algunos hombres interesados en los antiguos abusos. Conservando siempre su dignidad, no cree desmerecer á los ojos de los musulmanes por el hecho de presentarse con frecuencia en las calles de Constantinopla sin toda la pompa que se habia creído inseparable de la soberanía. En pocos dias le he encontrado tres veces: la primera de ellas (que reproducimos con el grabado), Su Alteza se dirigia á la Puerta desde su palacio: Algunos *cawas* estacionados en escala y algunos magníficos caballos tenidos de la brida por criados de palacio indicaban á los transeuntes que el Sultan iba á Stambul. La muchedumbre silenciosa esperaba el paso del soberano no con la ansiedad tumultuosa de nuestros pueblos occidentales, sino con todas las señales del respeto que inspira el representante del Profeta. Por una delicadeza de buen gusto, reconociendo en mí un extranjero, lo que no era difícil, cada cual se apresuraba á dejarme sitio libre, y así pude colocarme en primera fila. Algunos instantes despues pareció el Sultan montado en un soberbio alazan que piafaba arrogante aunque vigorosamente sostenido por su brioso ginete. La fisonomía del Sultan me pareció dulce y tranquila; pero podia reconocerse desde luego en ella el hábito del mando y de la autoridad: iba vestido con el uniforme de simple oficial del ejército, llevando por toda insignia un capote con el cuello bordado de oro. No tenia necesidad de la pompa que ántes rodeaba á sus predecesores para darse á conocer como el jefe de un grande imperio, pues entre otras cosas lo indicaba el respeto con que era acogido por sus súbditos: á su presencia los *cawas* d-

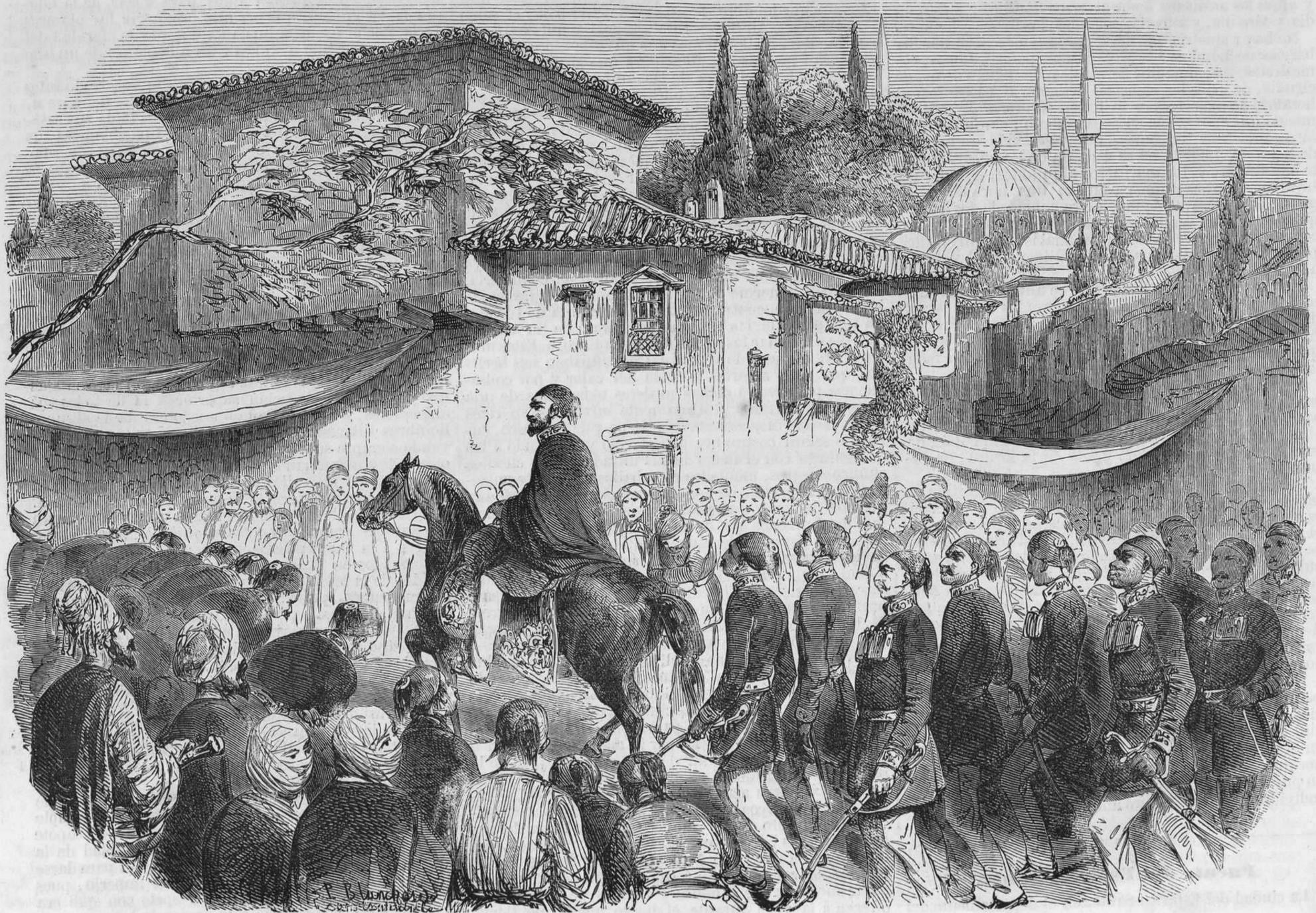
clinaron la cabeza; el silencio mas profundo reinó entre la concurrencia cuando el Sultan paseando sus miradas por todos lados se fijó un momento en mí. Desde este instante yo fui el objeto principal de su atencion, pues sin que yo pudiese adivinar el motivo, lo cierto es que durante algun tiempo no cesó de mirarme aun teniendo que guardar para ello una postura incómoda á ca-

ballo. Esto, lo confieso, no dejó de sorprenderme, hasta que luego supe que la mirada del Sultan era una muestra de marcada distincion, y que por lo tanto yo habia sido objeto de un gran favor. Las personas que habia á mi alrededor empezaron á felicitarme; pero por desgracia yo no podia corresponder á estos cumplimientos, porque el turco, el árabe y el persa, lenguas

en que me felicitaban me son poco familiares. Por lo demás, debo decir que no atribuyo á mi mérito personal el favor del Sultan quien seguramente no ha oido nunca pronunciar mi nombre, y así hago partícipes de esta gracia á todos mis compatriotas de occidente á quienes Su Alteza trata siempre con extraordinaria galanteria. »
P. B.



Una noche del Ramazan en Constantiнопла.



El Sultan sale para ir á la Puerta Otomana.

Francia pintoresca. — Procesion del Córpus en Tolon.



Mercadera de retama y de habas tostadas.

Hoy ofrecemos á nuestros lectores dos grabados concernientes á la procesion del Córpus en Tolon, juzgando que agradecerán los demos cuadros de costumbres que van desapareciendo sensiblemente de día en día, ó por mejor decir, de año en año, tales, por ejemplo, como el de las niñas ó niños que se visten de Magdalenas arrepentidas, de vírgenes, de san Juan Bautista, con la piel de cordero, de peregrinos y peregrinas, de ángeles con alas de carton, de eclesiásticos de varias órdenes, de santa Filomena, de la santa Verónica, con el lienzo en la mano, que tiene impreso el rostro del Salvador, de santa Bárbara, en fin, encadenada y conducida por

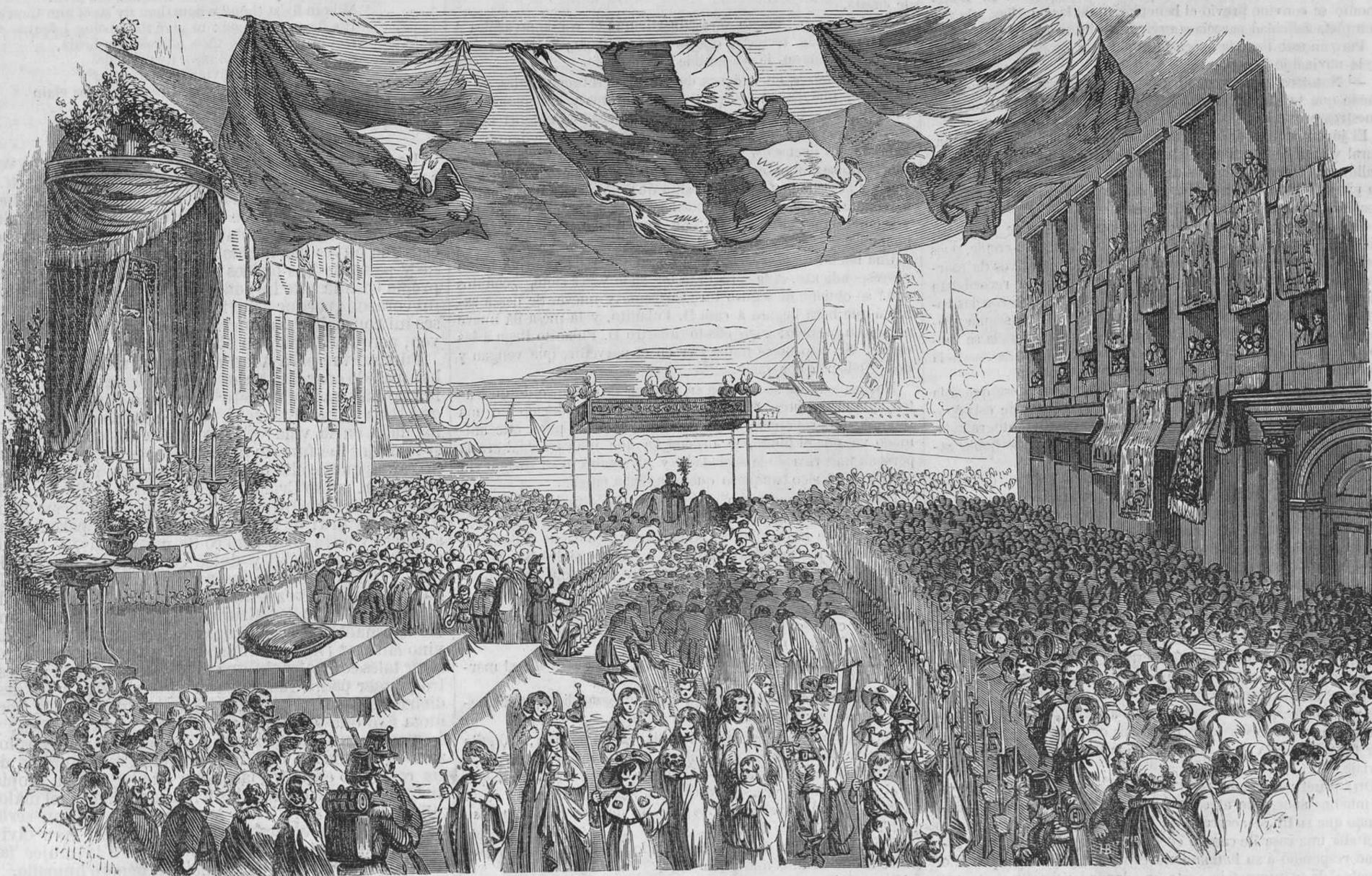
dos especies de guardias que llevan un sable desnudo en la mano.

La procesion del Córpus es en Tolon la gran fiesta de verano. Si la primavera ha permitido habitar el campo, todo el que ha abandonado la ciudad regresa para pasar en ella la semana de las procesiones.

Desde por la mañana comienzan los preparativos para hacer los altares que han de servir de estacion. A las cuatro ya están concluidos, y la muchedumbre comienza á circular, vestida con sus mejores atavíos, las ventanas de las casas están cubiertas de pabellones y adornos de toda especie, miéntras que las calles están em-

pavesadas y sembradas de flores. Entre estas, la flor de la retama obtiene la preferencia. Los campesinos van á cogerla en las montañas y á las orillas del mar, la traen en costales, y las mujeres á veces en los delantales, y la venden á dos cuartos el cesto para echarla, como lluvia de oro, sobre el palio, y sobre los niños de que hemos hecho mencion. Otros venden habas tostadas que se mascullan esperando la procesion.

El segundo grabado representa el momento en que el Santísimo se separa de la procesion, en frente de la rada, y se dirige al muelle para bendecirla. Apénas la divisa el navío almirante, lo saluda con veintiuñ cañona-



La Procesion.

zos, que repiten los demás buques de la rada. Mientras se halla la procesion en las calles, se tiene costumbre de tener cerradas las puertas de la ciudad.

La concurrencia de forasteros convidados suele ser numerosa, y despues de la procesion se sirven refrescos y meriendas abundantes y lujosas.

L.

Historia de la semana.

A beneficio de los calores que comienzan ya, aunque con algunas intermitencias de frescas y abundantes lluvias, el mundo parisiense toma su pasaporte para los baños, y los caminos de hierro se ven atestados de viajeros que corren en busca de los placeres y diversiones campestres. La emigracion es siempre considerable por esta época; todo el mundo anhela salir de Paris en el estío, unos porque realmente lo necesitan, y los mas cediendo á las exigencias de la moda; en nuestros dias, todo el mundo viaja, todos ponderan los encantos de los viajes, y si alguno se atreviera á decir que no le gusta salir del rincón donde reside, pasaria por un ente ridiculo cuando ménos; de modo que se puede decir que hoy un hombre que no viaja es un objeto de curiosidad general, como lo era ántes el que viajaba.

Ejemplo de esta singular manía de marchar siempre contra el torrente de la opinion dominante, es un jóven conde muy conocido en la alta sociedad parisiense, que manifiesta el horror mas profundo á toda clase de caminatas, aun cuando se trate únicamente de ir á dar un paseo á San German ó á Versailles. Es una notabilidad en su género. Pero su historia que hemos leído, escrita hace pocos dias, y que vamos á extraer aquí, nos dará á conocer el motivo de tan singular monomanía.

El jóven conde practica su sistema de inmovilidad desde hace veinte años. Jamás en este tiempo ha subido en diligencias ni en caminos de hierro, jamás ha atravesado una barrera de la capital, á pesar de que en muchas ocasiones, su interés ó su deber le habrian obligado á hacerlo.

Este personaje se halla, como es natural, muy bien relacionado entre la gente elevada, pero en cuanto llega la estacion de verano, corta de repente sus amistades. En vano le convidan á pasar un par de meses en el campo; la canícula con sus calores tropicales no ha podido arrancarle hasta ahora de sus cuarteles de invierno.

Pero no es esto todo; es un hombre muy aficionado á la caza, y se priva de este ejercicio porque se veria precisado á alejarse de Paris dos ó tres leguas. No ha asistido jamás á las carreras de caballos de Chantilly ó de La Marche, y todos sus paseos á caballo tienen por límite la barrera de la Estrella.

Hasta aquí no se trata mas que de diversiones; pero ahora vamos á entrar en el capítulo de los intereses.

Jóven, rico y arrogante mozo, nuestro conde se enamoró perdidamente de una niña de iguales condiciones, que correspondió tiernamente á la noble pasion que habia inspirado. El matrimonio se convino previo el beneplácito de las familias, y la mas completa felicidad parecia sonreír á los futuros esposos.

Pero en esto llegó la época fatal del mes de junio, y el padre de la novia dijo al conde:

— Nosotros nos vamos al campo á nuestras posesiones, de modo que puede Vd. venir cuando guste, y allí realizaremos nuestros proyectos.

El jóven cogido de improviso con una proposicion tan natural y amable, trató de disimular su turbacion, y se puso á balbucear algunas palabras dando gracias. Por último, cuando su prometida le dijo: « ¡Hasta mas ver! » el conde estaba ya decidido á partir dentro de ocho dias.

Sin embargo, la semana entera se pasó, y el viaje no se verificaba. Lucha muy cruel debió ser aquella para el conde, pues repetidas veces en esos ocho dias hizo sus preparativos de marcha. A los quince dias recibió una carta en que le recordaban afectuosamente su promesa; á los treinta principiaron las convenciones, porque el conde, sin salir de Paris, seguia prometiéndole que partiria; pero al cabo la correspondencia se cortó, porque la familia de la jóven creyó ver en aquella ausencia injustificable el designio formal de un rompimiento.

El conde pudo calmar sus inquietudes figurándose que á la vuelta de la familia se arreglaría todo; pero ántes de esta época, á mediados del otoño, recibió una esquelita litografiada, donde le anunciaban que la mujer que el queria, se habia casado con otro.

El conde para consolarse de este golpe, que fué bien doloroso, se lanzó en la carrera de la ambicion, y como es hombre de talento é instrucción, pudo adelantar rápidamente en los honores; pero cuando ménos se esperaba, hizo dimision de sus empleos, dejando atónitos á todos sus amigos. ¿Qué motivo podia haber tenido para esta brusca retirada? En dos palabras está dicho: el conde dió su dimision porque, para conservarse en el puesto elevado á que habia ascendido, gracias á sus méritos, necesitaba ir á los sitios reales con la corte, cuando los ministros acompañan en ella al soberano.

Posteriormente su salud se quebrantó, y los médicos le mandaron que fuera á tomar baños de mar: receta inútil, el conde no podia bañarse sino en las aguas del Sena.

En vano le declararon que su vida estaba en peligro si se obstinaba en desobedecer los mandatos de la ciencia; el conde, por toda respuesta se sonreía, pero sin decidirse á emprender el viaje.

Otra prueba le estaba reservada. Tenia un tío muy rico y ya de muchos años, que atacado de su última enfermedad y sintiendo que su fin se acercaba, le llamó á su lado. Este anciano habitaba una casa de campo en las cercanías de Paris, y el sobrino respondió á su llamamiento como ántes habia respondido al padre de su prometida, esto es, dando excusas y pretextos

que le enajenaron la buena voluntad que el moribundo le tenia.

De aquí resultó que la cuantiosa herencia que le tocaba al sobrino fué á parar á manos de otros parientes que, mas amables que este, acudieron á cerrar los ojos al anciano.

De este modo el conde ha sacrificado sucesivamente su amor, su ambicion, su salud y su fortuna, á su invencible resolucion de no salir de Paris.

Ultimamente, y este es el último lance que citaremos ántes de descubrir la causa de un propósito tan singular, el conde tuvo una disputa en una reunion pública, de la que resultó un desafío, pues la ofensa fué de aquellas que no admiten transaccion entre la gente bien nacida. En efecto, los padrinos del conde arreglaron las condiciones del duelo, y fueron á decirle:

— Todo está dispuesto; el arma es el florete.

— Bueno.

— De modo que mañana á las seis nos hallaremos en el bosque de Bolonia.

Al oír esto el conde se puso pálido como un muerto.

— ¿Qué teneis? le preguntaron los padrinos.

— Ese combate es imposible.

— ¿Pues cómo es eso?

— Sí, es imposible, si no puede arreglarse de otro modo, si no hallamos dentro de Paris un sitio en que podamos batirnos...

— Nada mas fácil, respondieron los padrinos; pero ¿qué significa esa repugnancia al bosque de Bolonia?

— Es inútil decirlo; tengo un antiguo amigo que habita en uno de esos palacios solitarios del barrio de la antigua nobleza, donde hay un jardín que servirá perfectamente para el caso; id á suplicarle que nos admita en él, no creo que lo niegue.

En efecto, el dueño del jardín accedió á la demanda, y allí se verificó el duelo en que el adversario del conde salió herido.

Sin embargo, uno de los padrinos, íntimo amigo del conde, se empeñó en aclarar el misterio, y he aquí el resultado de su descubrimiento.

Dicese que hace veinte años, el conde, supersticioso como tantas otras personas que lo son en esta sociedad francesa que pasa por tan incrédula y despreocupada, tuvo la idea de consultar á mademoiselle Lenormand, una sibila de la calle de Tournon, que lee en el porvenir como nosotros en un libro abierto, sobre su suerte venidera. La profetisa principió por asombrarle con la lucidez de su segunda vista, descubriendo lo mas recóndito de su vida pasada, y despues entró en la cuestion de lo venidero. Pero desde luego se negó á decirle cual seria la época de su muerte, regla que se habia impuesto para con todo el mundo.

— Pero dígame Vd. siquiera si moriré en Paris, le dijo el conde.

— No, respondió la sibila, morirá Vd. fuera de Paris, y quizás será la primera vez que salga Vd. de sus puertas.

Esta profética sentencia hirió la imaginacion del conde con tanto mas motivo, cuanto que varias predicciones que habia hecho la sibila á personas conocidas suyas, se habian cumplido con una exactitud milagrosa.

Entónces fué cuando el conde formó la resolucion de no salir nunca de Paris, y ya hemos visto los sacrificios que hasta ahora le cuesta.

Sin embargo, bueno será advertir que el conde no aspira á la inmortalidad terrestre quedándose en Paris; lo que desea es alejar todo cuanto le sea posible la catástrofe.

Como estamos en la época de las cosas sobrenaturales, en la época en que hacen milagros los sombreros y las mesas, esta historia del conde supersticioso no ha llegado á obtener la celebridad que habria adquirido en tiempos ménos prodigiosos. Al lado de los portentos actuales todo palidece. Ya la materia inerte no se contenta con ponerse en movimiento bajo la presion de la cadena magnética, sino que dotada de una facultad inteligente, responde por monosílabos á toda clase de preguntas, y calcula con tanto acierto como un matemático de la Sorbona.

Una buena mesa de caoba posee su tabla de multiplicacion correspondiente. A la pregunta de siete veces siete, ¿cuántos son? se obtiene de seguro un: Cuarenta y nueve. Se desea saber á que hora llegará á casa D. Fulanito, y la mesa da nueve golpes en el suelo; y en efecto nuestro D. Fulanito llega á las nueve. Si esto no se llama leer en el porvenir, que vengan y nos prueben lo contrario.

Noches pasadas se contaba en el salon de descanso de un teatro, que el sombrero de un marqués habia producido en una reunion una sensacion extraordinaria. Sucedió, pues, que animado ya por el fluido, le ordenaron que indicara cual era la persona mas rica de la sociedad, y el sombrero se dirigió sin vacilar á un rico banquero que se hallaba en ella.

Despues le preguntaron cuántas son las Gracias, y el sombrero se agitó tres veces. ¿Cuántas son las Musas? El sombrero hizo nueve movimientos. ¿Cuántos sentidos tiene el hombre, cuántos son los pecados capitales, y cuántos siglos han transcurrido desde Julio César? El sombrero respondió sin equivocarse á todas estas preguntas.

— ¡Es admirable, es inaudito! decian los asistentes.

Varios curiosos quisieron descubrir á quien pertenecia tan docto sombrero.

— A mí, respondió, no el sombrero, sino su dueño el marqués.

— Pues mas sabe el sombrero que la cabeza, dijo con discrecion una de las personas de aquel círculo.

Hechos como estos se citan á millares. Un escritor, ardiente partidario de las teorías magnéticas, cita el rasgo de una mesa que adivinó el día, la hora y el minuto en que entró un buque en el puerto del Havre. A pocos adelantos que se hagan en la materia, veremos divulgados los secretos de nuestra vida privada por los sillones y las mesas.

Pero cerremos ya por hoy el capítulo de los milagros, y pasemos á otro asunto mas serio.

Nuestros lectores verán á la cabeza de este número una lá-

mina que representa el recibimiento de S. S. Pio IX á bordo del buque francés *el Metéoro*.

El Sumo Pontífice, que se hallaba en Porto de Anzio, quiso visitar el buque francés, y pasar en él á San Felice. En efecto, *el Metéoro* se acercó á la costa enviando á tierra cinco embarcaciones para recibir á S. S. con las personas de su comitiva, que á poco rato trajeron á bordo al Sumo Pontífice. En el momento en que S. S. entró en el buque, enarbolaron el pabellon de Cristo, saludando su llegada con una salva de veintiun cañonazos. Toda la tripulacion, con los oficiales á la cabeza, recibió de rodillas la bendicion del Papa.

S. S. se dirigió en seguida al trono que le estaba preparado, y ántes de sentarse en él recitó en alta voz la oracion de los navegantes, seguida de la letanía de la Virgen.

Terminado el rezo, el buque salió para San Felice, á eso de las ocho de la mañana. En la travesía, que duró cuatro horas, S. S. estuvo casi todo el tiempo sobre cubierta: asistió á la comida de los marineros, habló cordialmente con varios de ellos, y les distribuyó por sus propias manos el rancho, probando al mismo tiempo el pan y el agua que estaban en la mesa.

A eso de las doce llegó el buque á la playa de San Felice; y el Sumo Pontífice desembarcó en la chalupa del *Metéoro*; toda la poblacion habia corrido en masa á recibir á S. S. y todos se disputaban el honor de arrastrar el coche que le tenian preparado para llegar á San Felice.

Día de gran fiesta ha sido para la poblacion; en todas las ventanas de las casas se veian colgaduras, y una alegría sin igual brillaba en todos los semblantes.

Pio IX se dirigió á la iglesia donde se cantó un *Te-Deum*, y despues presidió un banquete que le tenian preparado, al que asistieron los oficiales del *Metéoro*, y las personas mas notables de San Felice.

Al anocheecer, S. S. volvió á bordo del buque francés espléndidamente iluminado, y á las diez de la noche *el Metéoro* se hallaba otra vez en Porto de Anzio. El Sumo Pontífice distribuyó á bordo una porcion de medallas con su efigie, y despues envió una suma de 1,200 frs. para los marineros.

Hemos dicho que cuando S. S. entró en *el Metéoro* enarbolaron el pabellon de Cristo, segun se acostumbra todas las veces que el Sumo Pontífice se embarca; y vamos á concluir con dos palabras sobre esta costumbre que data de la época de la batalla de Lepanto. Don Juan de Austria fué el primero que mandó enarbolarse este pabellon en el palo mayor del navio almirante, y cuenta la historia que este emblema animó de tal modo á los soldados, que quizás se debe á su influencia la derrota que sufrieron los turcos. El pabellon consiste en un estandarte blanco con un crucifijo en medio.

MARIANO URRABIETA.

19 de junio de 1853.

A las lectoras.

« Return, fair Eve,
Whom fly'st thou? whom thou fly'st, of him thou art,
His flesh, his bone; to give thee being I lent
Out of my side to thee nearest my heart,
Substantial life, to have by my side
Henceforth an individual solace dear:
Part of my soul, I seek thee, and thee claim
My other half. »

(Paradise lost Book 4.)

De intento he encabezado estas líneas con unos versos de cierto poeta muy famoso, el cual por boca de Adán, nuestro padre, dirigió tales conceptos á la hermosa Eva, la primera de vosotras que vino al mundo: « Vuelve á mí, Eva, decia, ¿porqué huyes? Mira que de este que huyes has nacido, que tú eres parte de su carne y parte de sus huesos; para tu ser he dado yo mi propia costilla y te he dado vida y sustancia de junto á mi corazón; porque estuvieses siempre á mi lado y fueses mi consuelo y mi querida. ¡Oh, mitad de mi alma, ven, porque ella pide su otra mitad! »

Funesto fué para Adán este deseo, mas sin embargo han pasado cuarenta siglos desde entónces acá y el hombre no ha cesado de repetir tan tierno llamamiento. ¿Y qué seria el hombre sin la dulce compañía que Dios le ha dado en la vida? Olvidemos la historia de Adán; si la mujer fué funesta desde entónces al género humano, ántes que de ella fué culpa de nuestro primer padre. Porque el sumo Criador al entregarle el Eden le dió fuerza bastante para dominar, y puso bajo de su mano á toda criatura; de él era la obligacion de pelear como animoso contra todo género de asechanzas, y aun de amparar al ser débil y dulce con quien compartia la vida. ¿Cómo habia de resistir Eva cuando oyó que la llamaba aquella voz tentadora, diciéndola, soberana de lo creado, y cielo de dulzura, y belleza inmortal, y tantas agradables lisonjas como refiere que le dijo el divino Milton? ¡Ah! la mujer débil y tierna no puede resistir tales combates sin que el hombre le ayude; nuestro primer padre fué quien originó su caída y las desdichas del género humano por haber dejado á la hermosa Eva que fuese sola á visitar las rosas del Eden, y á sujetar con lazos de mirto las que estaban ménos lozanas y erguidas: ella, rosa mas pura que ninguna de las rosas, no encontró lazos con que sujetar su propia inocencia, y sucumbió á las tentaciones del ángel malo. ¡Dura leccion para todos los hombres, que con serlo tanto, suele andar desconocida de muchos! Pero olvidemos, digo, esta historia, y miremos á la mujer tal como ha sido despues de la caída del género humano.

La Biblia tiene páginas inmortales consagradas á la

mujer; en ella aparece casta, amante, heroica y fuerte, así como debía ser en el estado patriarcal o guerrero. Ruth, la viuda pobre que andaba cogiendo espigas para su alimento, y Esther, la reina poderosa que salvó a su pueblo de las iras de los paganos, son tipos de belleza absoluta; Débora y Judith son dechados de fortaleza y de valor inmortales. Antes de cerrarse este libro divino aparece María, la madre del Salvador del mundo, el tipo de lo místico, de lo incomprensible en las regiones de la pureza y del amor. La historia sagrada de nuestra religión comprende desde la caída del género humano, que comienza por Eva, hasta la redención que nos vino con el fruto del vientre de María; ¡siempre la mujer llevando altos destinos, así en el mal como en el bien! Pero al lado del pueblo de la Biblia, de la raza escogida, crecen y aun brillan multitud de naciones paganas; cuanto era allí luz, es aquí sombra; cuanto en la una parte es grandeza, suele ser en la otra miseria. Y sin embargo al recorrer la historia de los tiempos antiguos, admira y suspende el ánimo la contemplación de algunas mujeres paganas. Semíramis y Zenobia fundan las ciudades mas hermosas y ricas que haya habido en el mundo, y aún el viajero ve con asombro en los desiertos las ruinas de Babilonia y de Palmira. La mujer de Leonidas exclama: «Solamente nosotras las de Esparta sabemos dar hombres al mundo;» con efecto, los hijos de ellas son los héroes de las Termópilas y de Salamina. Roma es célebre en los primeros tiempos por sus castas y fuertes matronas; y Epicario da á la historia un ejemplo de fortaleza incomparable cuando ya la degeneración del imperio no daba hombres que pintar al severo Tácito. Si en medio de estas grandezas de la mujer, aparece muchas veces misera ó corrompida, mírese con algun detenimiento la causa de ello, y no se encontrará por cierto dentro del sexo, será preciso buscarla en las costumbres de los varones. Que no hubieran olvidado á su Dios los reyes y príncipes de Judea; que no hubieran llevado al suplicio á su santo Hijo, y Jerusalen no habria sido inundada en sangre, y las madres de aquella ciudad maldecida no habrían tenido que tomar por alimento á sus propios hijos. La ley romana, que consideraba como cosas y no como personas á las mujeres, degradó también su ser hácia los últimos tiempos de la república; y sin embargo no hubiera habido tantas Julias y Mesalinas á no haber presenciado el Tiber las impuras fiestas de Heliogábalo, ó á no haberse contado á Antinoo como dios. Cuando Augusto fulminó sus terribles leyes contra los célibes, reconoció en ello mismo que no eran tanto las matronas como los jóvenes corrompidos de la ciudad, quienes ponían á Roma en el abismo.

El Cristianismo vino á levantar á la mujer de aquella degradación, señalándole con firmeza sus destinos. Eva, Ruth y Esther habian pasado como sombras del pensamiento del Eterno; Dido y Cleopatra eran imitaciones impuras de aquel ser de amor que Dios quiso que viniese á acompañar al hombre en sus dolores. Los bárbaros de la irrupción traían á sus mujeres en medio de la hueste: con ellas combatían y con ellas repartían el botín; las mujeres cimbrias dieron harto cuidado á Mario aun despues de derrotados sus maridos; las hijas de los godos hicieron temblar en ocasiones al flojo y débil soldado de Honorio. La palabra de Cristo cayó sobre aquella generación como un relámpago en noche de tempestad: los hombres dejaron de mirar á la mujer como cosa ó como criatura grosera, y volvieron á decirla con Milton por boca de Adán: «Vén, porque tú eres parte de mi carne y parte de mis huesos; porque yo te he dado sustancia de la sustancia de mi corazón; porque sin tí no siento en mí sino la mitad del alma, y yo necesito de la otra mitad.» La mujer bárbara dejó entonces los bosques y pasó á ser dama en los castillos feudales; la esclava subió á ser señora; el mundo antiguo sufrió con esto mayor mudanza que con la ruina de las ciudades y de los palacios de la civilización latina. Brotó la caballería de aquel estado social: Dios y mi señora, decían los guerreros en la victoria, Dios y mi señora, gritaba el moribundo al caer como valiente en el campo. Con esa exclamación se llevó á cabo la campaña inmortal de Jerusalen; con ella fué reparada mas de una injusticia y satisfecho mas de un agravio del poderoso al humilde. No habia señora que no valiera una lanza rota en su servicio; y Suero de Quiñones, caballero español, rompió ciento en el puente de Orbigo contra caballeros de todas las naciones por honrar á su amada. La mujer, divinizada en aquellos tiempos, correspondió bien á lo que de ella pudo esperarse; Sevilla admira aun el cuerpo de Doña María Coronel, y Teruel la tumba de una tan fiel como desdichada amante.

Mas pasa el tiempo de las armas y comienza el de las letras: Dante canta á Beatriz, Petrarca á Laura; el Tasso muere loco de amor por una bella princesa; Macías encuentra la muerte en una pasión desventurada; Garcilaso por amores se expone á las iras del gran Carlos V; Fernando de Herrera canta con falso nombre á una alta señora á quien adora, y Lope, Calderon y Rojas prestan divinos colores y tintas inimitables al tipo único y vario á un tiempo, de la mujer cristiana. En estos siglos de poesía, las mujeres se convierten en musas; el poeta adivina con la intuición poderosa del genio, lo que es y lo que debe ser la dulce compañera del hombre, y entre tanto, desde el fin de la edad media, hasta mediados del siglo anterior, la mujer bajo la égida del santo matrimonio cumple con todos los deberes que Dios le señaló en el mundo, guarda para sus hijos el depósito precioso de la virtud, y alivia en su seno las fatigas de los guerreros, los desvelos de los sabios, el trabajo de los culti-

vadores de la tierra. La Biblia y el Evangelio eran sus únicos libros; y ni mas necesitaban, ni mas deseaban saber que los preceptos inmortales contenidos en ellos.

Ya pasó aquel tiempo afortunado para la mujer; el libre exámen y la filosofía destructora del siglo XVIII mató las creencias, y allí donde las creencias desaparecen, la mujer se marchita como una planta sin riego. Ser donde vino encarnada al mundo la idea del amor, cuando esta cae ó se entibia, cae también con ella, y su espíritu se entibia y muere. La revolución francesa vino á purificar una sociedad cargada de crímenes; el Eterno descargó sus iras sobre ella, y la mujer subió animosamente al cadalso para cumplir la ley de expiación. El carácter de la mujer protesta dos veces en medio de aquellas grandes catástrofes contra sus ebrios detractores. Carlota Corday inmola como otra Débora ó Judith al sanguinario Marat, y algunos años mas tarde, cuando todos los reyes de la tierra temblaban delante de un soldado de fortuna; cuando millones de hombres se abatían postrados á los pies de Napoleón, una mujer osó ponerse de por frente y disputarle su gloria: madama Staël.

Mas... sea dicho de paso, lectoras mías, si quedais poco agradecidas á mi persona en esta ocasión, sois los seres mas descontentadizos del mundo. — Tomarlo mas de atrás no he podido, puesto que he comenzado por elogiar y defender á la madre Eva, contra todos los historiadores y comentaristas del mundo. Si ahora no os elogio y defiendo á cada una de vosotras, no es por otra causa sino porque metido en mi rincón, desconozco vuestras particulares perfecciones. Para eso no os faltarán sonetistas y cancioneros galanes; yo de mí solo he ofrecido alabar á la mujer, como tipo ideal, sin curarme de las mas ó ménos dichas aplicaciones que puede tener en el mundo esto que en la soledad ha fabricado mi pensamiento. Un cortesano decia que á la majestad es bueno verla; pero de lejos solamente, porque viene á ser como el sol, que cual de lejos alumbraba, quema de cerca; eso acaso pudiera aplicarse á las mujeres.

La revolución ha arrancado á vuestro sexo de las tareas pacíficas de hace un siglo; ya no basta la lectura de los libros sagrados, ni el rezo nocturno, ni la misa del alba, ni la frecuente contricción del confesorio, ni la asistencia al sermón de Cuaresma. ¡Días felices aquellos en que solamente estos piadosos ejercicios constituían á una buena madre de familias! ¿Porqué fatalidad, vosotras, nacidas para amar á Dios y á vuestros hijos; vosotras, consuelo de nuestras fatigas, alivio de nuestros tormentos, os veis arrojadas como nosotros al difícil laberinto de las ideas, y al campo de batalla de los contrarios principios que á unos de otros nos apartan? En otro tiempo los germanos llevaban con ellos á sus mujeres metidas en medio de las espadas y de las lanzas; ellas los siguieron á la derrota y á la victoria, á la emigración y á la conquista. Los hijos de este siglo revuelto y desventurado, no sabemos aun dónde iremos, ni qué harémos, ni cuál será nuestro destino: lo cierto es que tenemos que pelear, y pelear con nuestras mujeres al lado como los bárbaros del siglo IV. Fuerza es por consecuencia que algo aprendais también del uso de las armas y de los azares de la guerra; fuerza, lectoras mías, que comencéis á acostumbrar el oído al confuso estrépito de las ideas que chocan rudas y mutuamente se destruyen; estrépito mil veces mas temeroso que el de las viejas balistas y catapultas.

Dicho esto, doy por terminado mi empeño, y contad con que el humilde autor de estas líneas es el mejor y mas entusiasta de vuestros amigos. ¡Así no lo olvidarais en ocasiones!

A. C. DEL C.

Fortificaciones y puertas de Nancy.

La ciudad de Nancy, capital del departamento de la Meurthe, que no era en el siglo XI mas que una sencilla fortaleza en cuyo centro se encontraba un vasto palacio, se fué sucesivamente agrandando, y llegó á ser la capital de la Lorena. Cuando Carlos el Temerario invadió el ducado de Lorena, Nancy estaba precedido de aldeas que fueron arrasadas á la aproximación de los borgoñones, y sobre sus ruinas se levantaron fortificaciones donde se inmortalizó la nobleza lorenesa. Estas fortificaciones, aumentadas en 1385 y 1621, no existen en el día. No se ve mas que la antigua ciudadela rodeada de fosos y algunos restos de fortificaciones no conservadas.

Entre las puertas que todavía adornan á Nancy, son notables la de San Juan, construida en el siglo XV; la de Estanislao, la de Nuestra Señora y la de Santa Catalina. Las dos primeras son de orden dórico; la última forma un arco de triunfo de tres pórticos, compuestos igualmente de orden dórico con sus capiteles y entablamientos, coronados de un atrio adornado de trofeos de armas y bajos relieves.

El acontecimiento mas notable en los fastos de la Lorena y particularmente en la ciudad de Nancy, es el de la batalla que se dió bajo los muros de la plaza en 1577. La guarnición estaba reducida al último extremo, cuando el duque René II vino á socorrerla en el momento en que el hambre mas espantosa casi la obligaba á rendirse, y avisó su llegada á los sitiados por un fañal encendido en la torre de la aldea de San Nicolás. El duque de Borgoña estaba colocado en el centro de su ejército, donde está hoy Bonsecours, su derecha al lado de Malgrange y la izquierda apoyada en las orillas de la Meurthe. La vanguardia de René, compuesta de sete-

cientos infantes y dos mil caballos, avanzó por detrás del bosque de Jarville, y atacó al enemigo por un flanco al mismo tiempo que un segundo cuerpo de suizos y alemanes, dispuestos como el primero, atacaba el ala izquierda. Los capitanes de René le rogaron que no expusiera al peligro una persona tan querida á la Lorena. Estaba dispuesto, les dijo, á seguir vuestros consejos, pero no esperaba esto; y empezó el ataque. El ejército borgoñon no pudo resistir al choque impetuoso de los loreneses, de los suizos y de la guarnición de Nancy que tomó parte en la acción: espantados los borgoñones huyeron, y bien pronto fué horrible la carnicería. Carlos el Temerario hizo prodigios de valor; pero arrastrado por los fugitivos, terminó su carrera en las lagunas del estanque de San Juan, donde fué hallado su cuerpo.

Los franceses se apoderaron de Nancy en 1633, y le conservaron hasta el tratado de Vincennes de 1661, que estipulaba la destrucción de las fortificaciones tomadas nuevamente por Tourville en 1670. Luis XIV hizo levantar de nuevo las murallas destruidas en virtud del tratado de Riswick á excepción de la ciudadela y las puertas de la ciudad nueva.

Vista interior de las galerías de San Huberto, en Bruselas.

Esta maravilla, de origen muy reciente, pues solo data de 1847, es el monumento mayor y mas bello de su género que hasta ahora se ha construido en las cinco partes del mundo. Tienen además el mérito de la utilidad, pues ponen en comunicación directa barrios importantes de la capital de Bélgica. Establecidas en el centro de la ciudad, y en medio de las calles mas comerciales y mas frecuentadas, sirven también de paseo cubierto á los ociosos, y de bazar á los consumidores.

El rey de los belgas puso la primera piedra de las galerías el 6 de mayo de 1846, y el 20 de junio de 1847 se inauguraron. Su coste total ascendió á 3,250,000 francos. El verdadero capital social solo es de 1,200,000 francos, representado por 6,000 acciones de á 200 francos.

Para completar el capital necesario se emitieron 2,500 acciones de á 1,000 francos, que ganaban un 3 por 100 de interés, y que se negociaron á 82 por 100, siendo así que el 3 por 100 belga solo estaba á 75. Dichas acciones deben reembolsarse en el plazo de treinta años.

Concurso general

DE ANIMALES REPRODUCTORES, INSTRUMENTOS Y PRODUCTOS AGRÍCOLAS EN ORLEANS.

Orleans ha ofrecido el 2 de junio una solemnidad que dejará recuerdos agradables en la memoria de los que han asistido á ella, y que excitará el interés de cuantos lo tienen por el progreso de la industria agrícola. Sentimos mucho que el carácter general de este periódico nos impida el citar á todos los que han tomado parte en este concurso, y el de dar la representación de los productos de esta industria. En esta lista se verían confundidos nombres de todos conocidos, con otros que por ser mas modestos no son ménos respetables, ni ménos útiles. Hablamos, sobre todo, de aquellos que, con su industria, su trabajo y celo contribuyen á la creación de los productos de la agricultura, por ejemplo, los que consiguen por medio del estudio profundo, y con esmerados experimentos, combinaciones que alimentan el jugo de la tierra, los que simplifican, mejorándolos, los instrumentos de labor, y los servidores leales que secundan con constancia é inteligencia los esfuerzos de sus amos, consagrados á la formación de la primera de todas las riquezas. Ya que no la mas extensa, darémos la noticia mas exacta del concurso, tomándola del *Monitor*:

«Mas de 800 exponentes, dice este diario oficial, han respondido al llamamiento, hecho por el gobierno, de todos los puntos de Francia.

»De 423 tipos de animales reproductores, 32 pertenecen á la raza caballar, 140 á la bovina, 210 á la ovina, y 37 á la porcuna. Añádase á esta nomenclatura 56 pollos de Cochinchina, gallos y gallinas de la misma raza; 197 máquinas ó instrumentos agrícolas, y por último, 226 productos de toda especie, relativos al objeto del concurso.

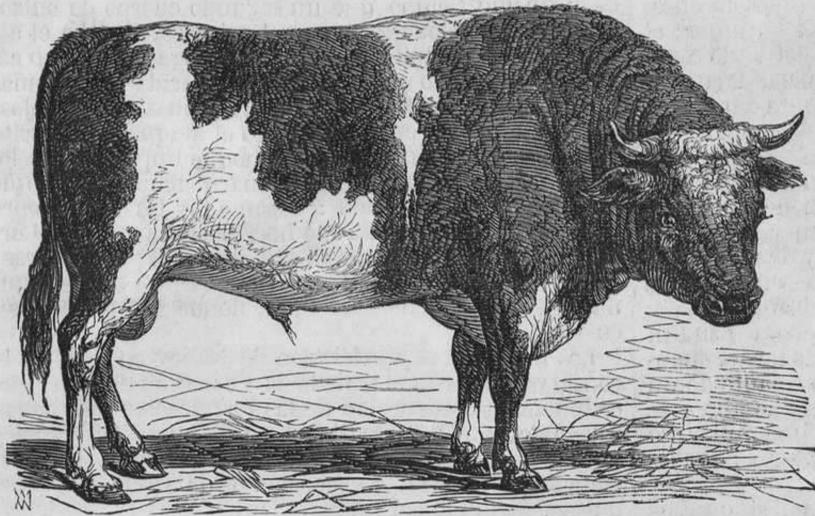
»Nunca se ha visto mejor exposicion de toros en Francia. Bajo el punto de vista de la colección y las variedades, se puede asegurar que ninguna puede ponerse en comparación con esta. Los charoleses han sido los mas aventajados bajo el punto de vista de la belleza y regularidad de tipo.

»Despues de los toros, seguían por orden de mérito los verracos perfeccionados, que ofrecían una superioridad muy notable sobre todas las exposiciones de este género, celebradas hasta el presente.

»Los instrumentos eran numerosos y bien escogidos; únicamente los caballos no brillaban ni por la cantidad ni por la calidad.

»En cuanto á los carneros, sin presentar nada de particular, estaban, sin embargo, bien rayados, y formaban una de las colecciones mas interesantes.

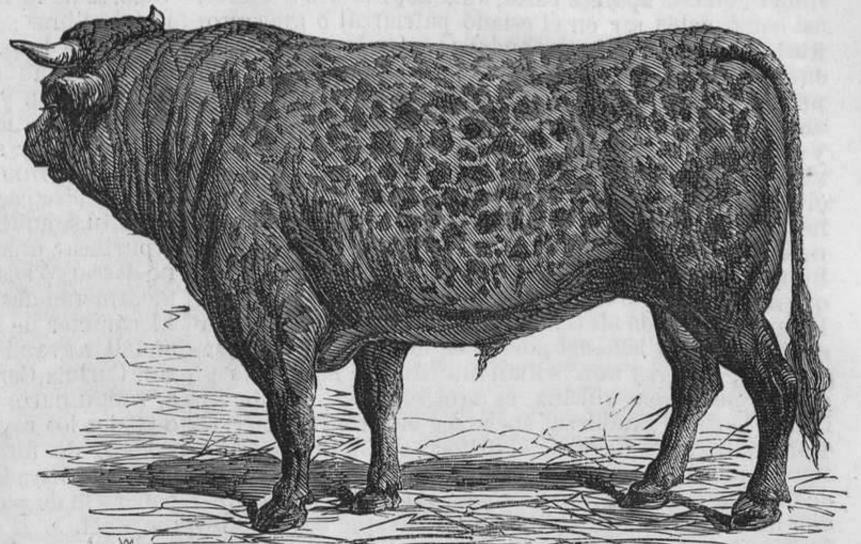
»Las medidas tomadas por el gobierno para costear el



Raza de los Landes.

gasto de los principales premiados de los concursos regionales ha producido un excelente efecto. Gracias á esta disposicion, el concurso ha tenido un aspecto verdadero de generalidad que no habia logrado jamás.

» Cuando se fije definitivamente en Paris este importante concurso, como todos lo han pedido para el año próximo, no es dudoso que será muy en breve no solo una liza en que todos los justadores podrán lu-



Raza agenesa.



Vista general del gran patio de la Exposicion del concurso de los animales reproductores.

char sino tambien un verdadero specimen de los productos franceses, donde cada uno vendrá á escoger lo que le pueda convenir.

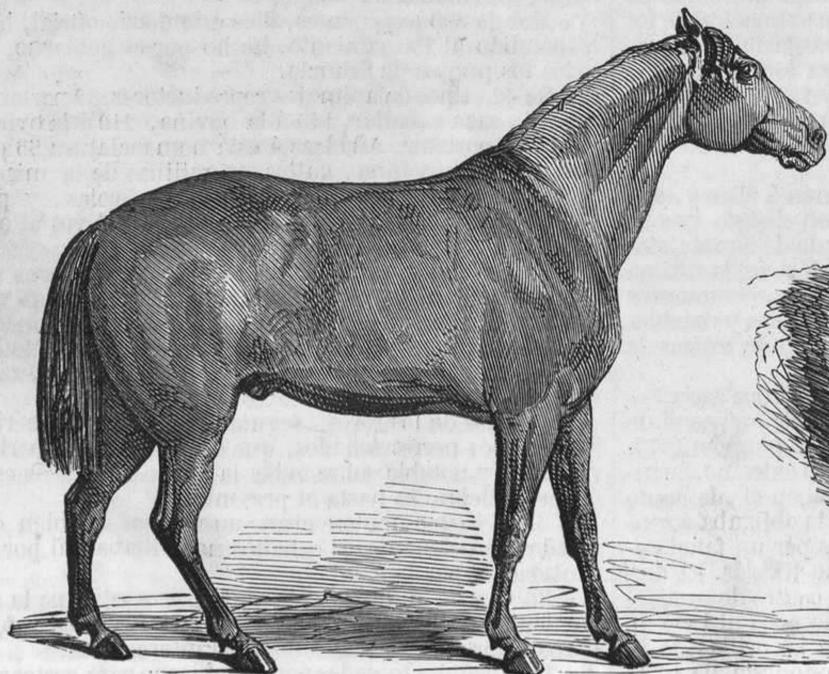
» La distribucion de los premios se ha verificado en medio de una afluencia considerable de notabilidades procedentes de todos los extremos de Francia. M. Heurter, consejero de Estado, ha



Raza grande.

Raza extranjera pura de lana corta.

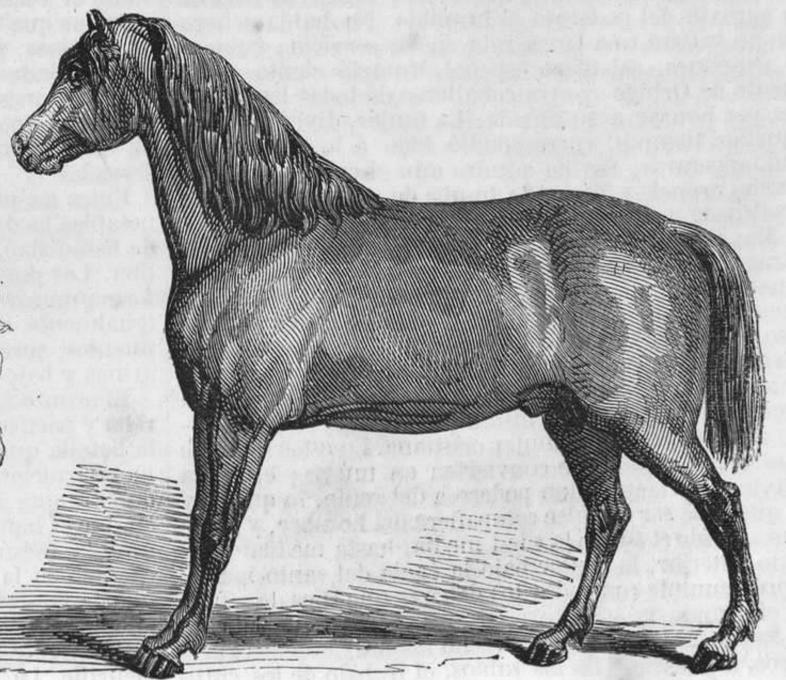
abierto esta sesion con un discurso análogo á las circunstancias, en el cual ha hecho ver los progresos de la agricultura, y la estimacion cada vez mas general y elevada que adquieren los trabajos de esta industria, la mas útil, la mas antigua, la mas noble y la mas benemérita de la humanidad. »



Caballos de tiro ligeros.



Raza merinos.

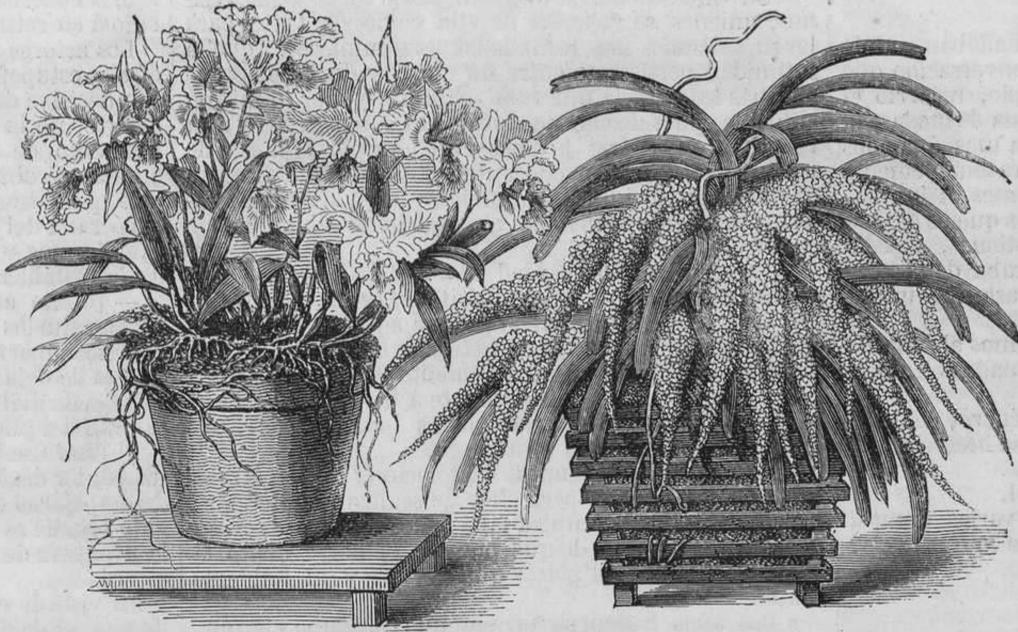


Caballos de tiro gruesos.

**EXPOSICION FLORAL
de Versalles.**

Todos los diarios franceses se han ocupado de la magnífica exposicion de flores que se acaba de celebrar en la capital del departamento de Seine y Oise, y de la cual ofrecemos en nuestras columnas algunos grabados.

En los jardines del palacio de Versalles, de la plaza conocida bajo el nombre de la Plaza de los Castaños, se abrió al público la exposicion de flores de la Sociedad de horticultura del departamento, instituida bajo el patronato de la Emperatriz de los franceses. La vispera fué visitada por las damas patronesas y algunos convidados. Durante esta visita fueron acordadas algunas recompensas á los exponentes. Colocados bajo una espaciosa tienda, cuya vista se extendia por las calles de hermosos ár-



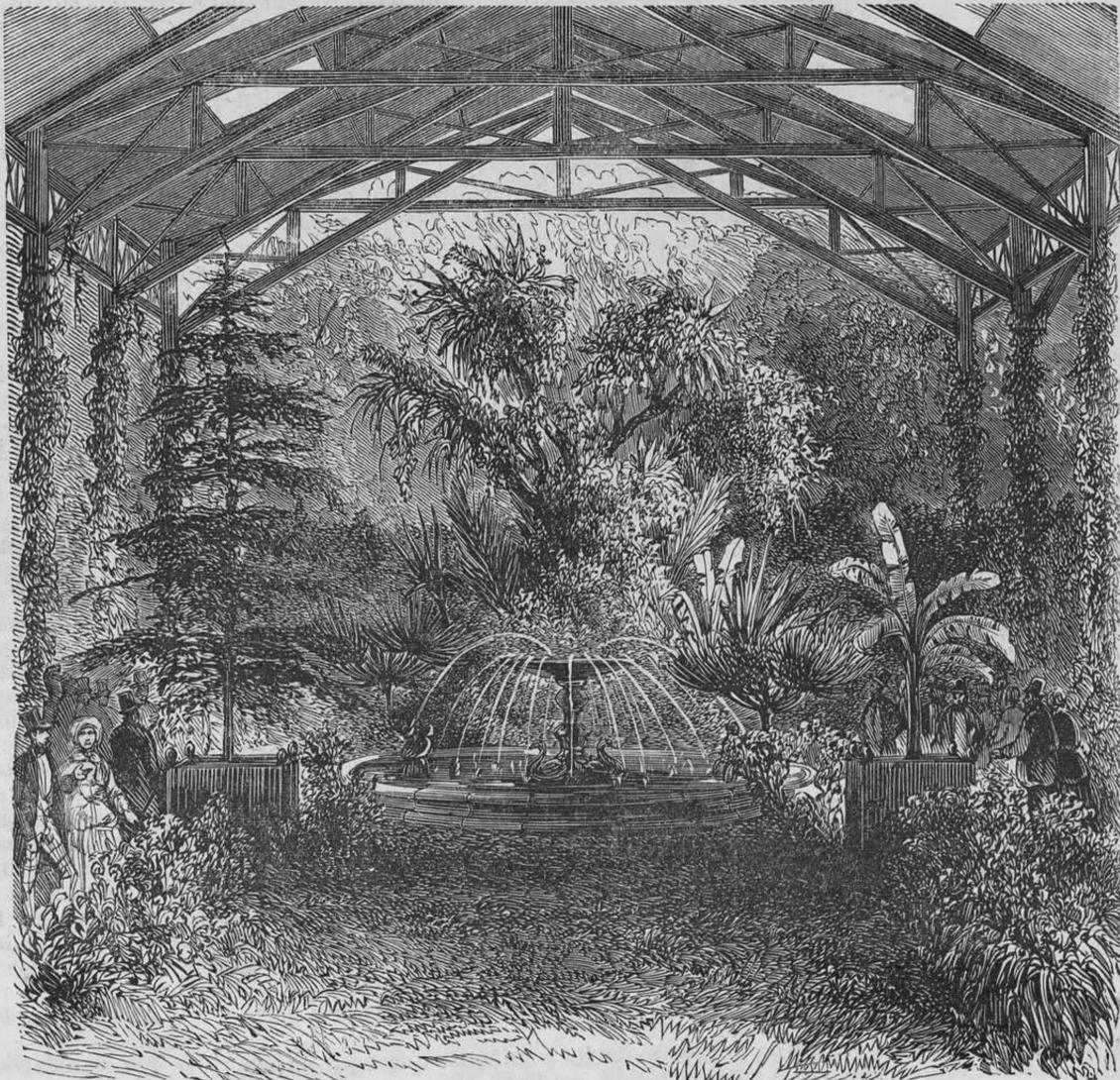
Cattleya mossiae superba.

Saccolabium guttatum.

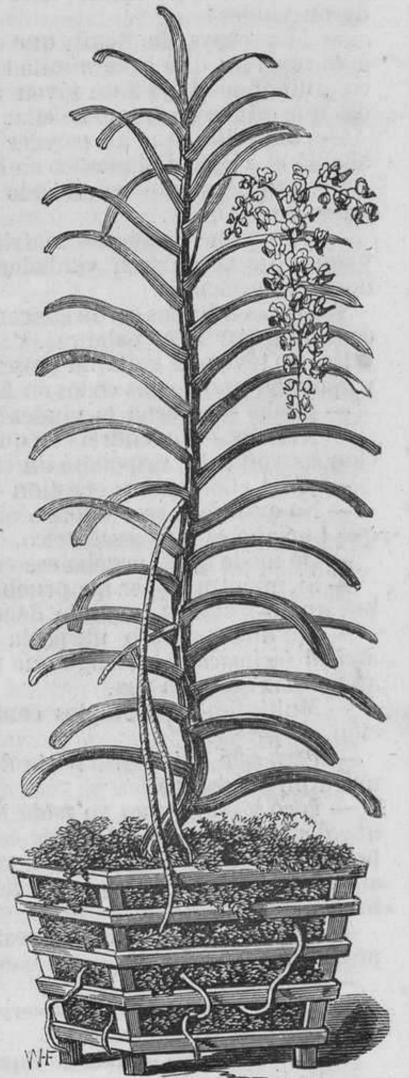
boles que pueblan el parque, los grupos de plantas y arbustos, sin ser muy numerosos, ofrecian una agradable variedad. Entre ellos citarémos la coleccion de rododendros y azaleas. El terreno de Versalles parece que es muy propio para el cultivo de estas flores; por eso los horticultores de esta localidad se han dedicado á él con preferencia, y han sido tan felices, que han adquirido en este género una reputacion bien merecida. No quiere decir esto que las demás plantas hayan sido desatendidas, porque, muy al contrario, se veian muy hermosos ramilletes de plantas crasas é intertropicales, de iris, geráneos, verbenas, etc., etc. Los aficionados podian además contemplar buena cantidad de frutas y legumbres muy tempranas. Un canastillo de hermosas uvas negras y blancas, de melocotones aterciopelados y maduros, de ciruelas amarillas, de cerezas, higos, frambuesas y grosellas



Vanda suavis.



Exposicion de la Sociedad de horticultura en Versalles.



Aerides crispum.

atraian las miradas codiciosas del público. Estos hermosos frutos se debian al cuidado de M. Hardy, director de la huerta del parque de Versalles.

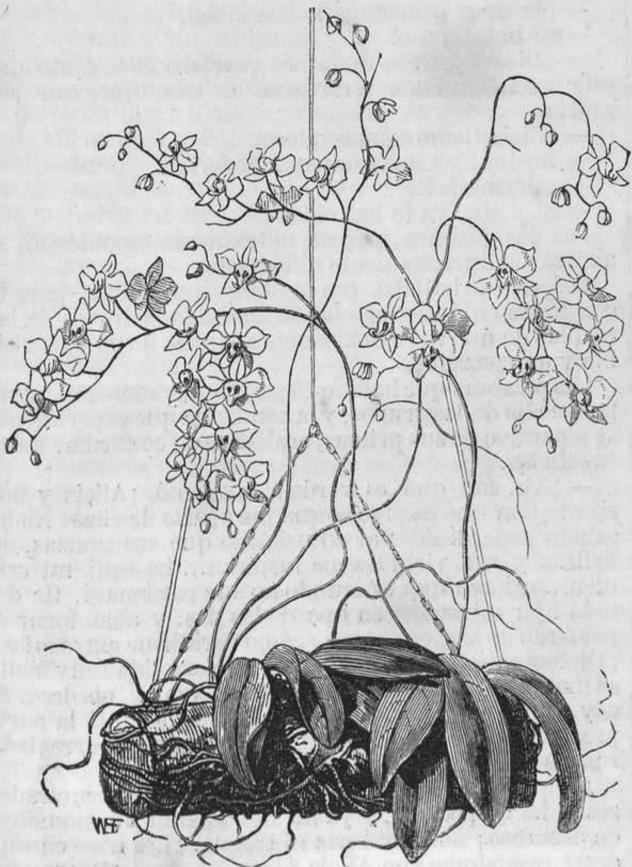
Despues de esta exposicion particular, los miembros numerosos de la Sociedad de horticultura del Seine y Oise se han reunido con varios convidados en un banquete de cien cubiertos, presidido por el alcalde de Versalles y por el presidente de la Sociedad. La cordialidad ha presidido á esta comida, animada por el vino de Burdeos, de la cosecha de este último, que ha querido probar que era tan entendido en este ramo como en el de la horticultura. Otra de las cosas mas notables del banquete ha sido la variedad de frutos y legumbres que han sido servidos.

A los postres han resonado los brindis de costumbre, pronunciados con el calor y el entusiasmo propios de las circunstancias, y de los cuales dispensamos á nuestros lectores, seguros de que los tienen grabados en su memoria, porque es difícil hallar en ellos la novedad que puede excitar su interés.

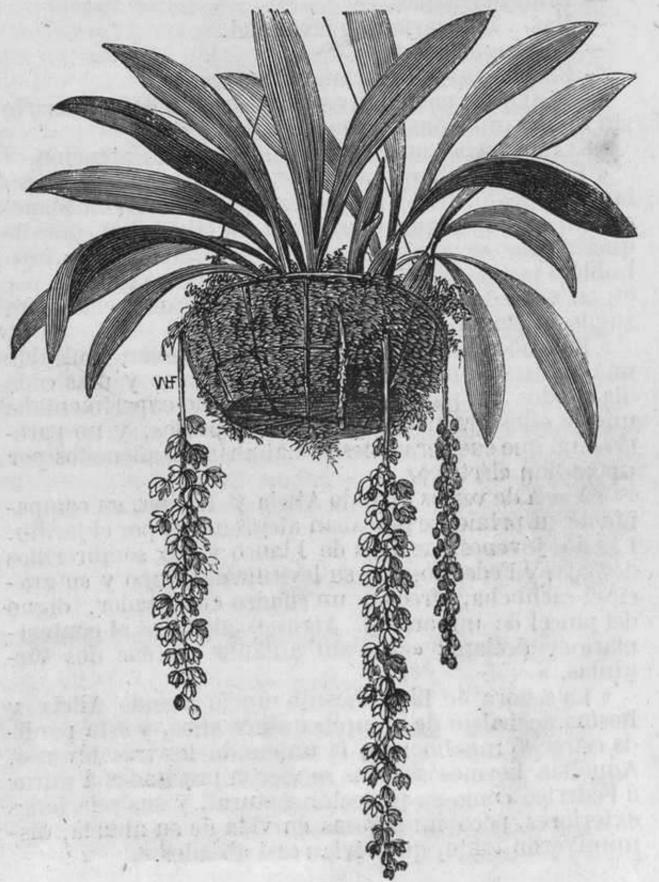
SS. MM. han honrado con su presencia la exposicion el dia inmediato, y recibidas por una comision de damas patronesas y socios, han examinado con mucha atencion las magníficas colecciones de rododendros que adornan esta notable exposicion, y particularmente las raras orquideas enviadas por el presidente de la Sociedad.

Estas raras flores brotan en la corteza de los árboles, en el musgo, en todas partes, excepto en la tierra vegetal, tomando formas muy diversas y extrañas, semejantes muchas veces á mariposas y á insectos.

SS. MM. han manifestado la satisfaccion que les ha causado la vista de tan hermosas flores.



Phalaenopsis grandiflora.



Cyanoches Pescatore.

J. E.

Las tres Parias.

Cierta noche del último invierno se hallaban reunidas en un salón varias personas. La conversación que las entretenía, insignificante al principio, recorrió el círculo de las anécdotas del día, la revista de modas, la situación de los fondos públicos, la caída más ó menos probable del ministerio, todo cuanto razonablemente podía distraer una hora á los concurrentes. A los diálogos, á las preguntas, á las explicaciones que se habían dirigido estos sobre las indicadas cuestiones, sucedió un silencio glacial; el fastidio se apoderaba de la reunión, hasta que por fin la señora de la casa hizo un esfuerzo desesperado.

— Caballero de Viarmes, dijo, contadnos alguna de las muchas historietas que teneis almacenadas en vuestra memoria.

— Nada nuevo puedo referir en ese género, contestó el interpelado; pero publicaré una noticia inesperada.

— ¿Cuál es? preguntó su interlocutora.

— Se vuelve á casar la señora de Reuil.

— ¡Es posible! exclamaron en coro varias damas, fingiendo indignación. ¿Estais seguro de lo que decís?

— Como que lo se por su futuro esposo.

— ¿Y se llama?...

— Rainville, y es amigo mio.

— ¡Qué escándalo! murmuraron en los cuatro ángulos del salón. ¡Si apenas hace un año que los dos quedaron viudos!

— ¡La señora de Reuil, que al parecer amaba tanto á su marido! dijo la cara mitad de un viejo diplomático, guiñando el ojo á un joven agregado á la embajada, que estaba en frente de ella.

— ¡Rainville, que al parecer adoraba á su esposa! añadió el viejo diplomático en cuestión, protector oficial y públicamente reconocido de una bailarina del teatro de la Opera.

— ¿Y en qué prueba ese matrimonio, que la de Reuil y Rainville no amasen verdaderamente? preguntó un nuevo interlocutor.

Todas las miradas se dirigieron hácia el que acababa de pronunciar estas palabras.

Era un joven de gallarda presencia que estaba en pie y apoyaba uno de sus codos en la chimenea del salón.

— ¿Debe ser eterna la viudez? añadió.

— Al menos convendréis en que debe tener una duración conveniente, respondió un calculador.

— ¡Ah! ¿Con qué es cuestión de tiempo? añadió.

— No extrañéis eso, señores, observó una dama, porque Luciano es muy escéntrico.

— De modo que aprueba ese enlace... añadió otra.

— Sí, mientras no se me pruebe la culpabilidad. ¿Habrá quien sostenga que solo debé amarse una vez?

— Sin duda, repuso un poeta que se entregaba á su décima inclinación; sostengo que no se debe ni se puede amar más que una vez.

— Multiplicados ejemplos contradicen vuestra aserción.

— Pero esto es inmoral hasta dejarlo de sobra, murmuraron las damas.

— Poco á poco, pues yo nada justifico; no hago más que decir lo que sucede. Por lo demás, creo que se puede, no solo amar sucesivamente á dos personas, sino amarlas al mismo tiempo. Yo he conocido á un hombre....

— ¿Qué ha amado simultáneamente á dos mujeres? preguntó una señora.

— En efecto.

— ¿Y las ha amado con sinceridad?

— Con pasión, con delirio.

— ¿Sin duda era amado de una de ellas?

— De las dos.

— No se conocerían...

— Eran hermanas.

— Mas... ignorarían su rivalidad.

— De ningún modo.

— En tal caso se odiarían mutuamente....

— ¡Vaya un cuento divertido! Luciano debe referirlo sin omitir una coma, gritaron todos.

— Con mucho gusto; prestadme vuestra atención.

« Federico Daillere, héroe de esta historia, era huérfano, y quedó desde niño á cargo de la señora Blancmesnil su tía, la que corrió con su educación, pues le quería como si fuese hijo suyo, aunque en rigor bien hubiera podido declinar el cuidado que se tomaba por él, en vista de la constante solicitud que reclamaban sus dos nietas Alicia y Rosina.

» Educados juntos, los tres niños habían contraído una amistad que se iba estrechando más y más cada día: todos los placeres y disgustos que experimentaba uno de ellos eran comunes á los otros dos, y no parecía sino que sus corazones se hallaban encadenados por un cordón eléctrico.

» Y era de verlos cuando Alicia y Rosina, en compañía de su primo, se paseaban alegremente por el jardín. Las dos jóvenes, vestidas de blanco y con sombrerillos de paja, y Federico, con su levitilla de campo y su graciosa cachucha, ofrecían un cuadro encantador, digno del pincel de un artista. Algunos aldeanos al contemplarlos, decían: « He ahí á Pablo con sus dos Virgínias. »

» La señora de Blancmesnil murió cuando Alicia y Rosina acababan de cumplir quince años, y esta pérdida estrechó mucho más la unión de los tres jóvenes. Aquellas hermosas niñas se vieron precisadas á mirar á Federico como su protector natural, y sus relaciones exteriores, poco numerosas en vida de su abuela, disminuyeron tanto, que vivían casi aislados.

» Su vida sedentaria disgustó desde luego á sus vecinos, quienes se valieron de ella como de texto para las suposiciones más infundadas y calumniosas. Aquella intimidad persistente entre un mozo y dos lindas muchachas les parecía una cosa inaudita, y por lo mismo culpable, pues decían que lo que era conveniente y aun laudable entre tres jóvenes vigilados por el afecto de una madre, aparecía chocante entre tres adolescentes abandonados á sí mismos: creían pues que sus relaciones, puramente amistosas al principio, debían haber cambiado de carácter.

» ¿Aseguraban la verdad los vecinos? Sí; pero era preciso descartar de sus propósitos algunas aseveraciones aventuradas y brutales; porque aquellos tres seres, unidos por la amistad de la infancia, habían visto convertirse poco á poco este sentimiento en otro, tan puro como él, pero sujeto naturalmente á los progresos de la edad en sus facultades, las cuales invadía completamente sin que ellos lo conociesen.

» ¿Era culpable su mutua inclinación? No me atrevo á decidir este punto; pero ellos de seguro no lo creían; y esta era tal vez su única falta, pues no entraba en su pensamiento la idea de que pudiese llamarse delito la vaga inquietud y el placer que al verse y al hablarse sentían.

» Dos años trascurrieron sin que ninguna circunstancia alterase la paz de su unión; pasaban los días en excursiones por los montes inmediatos, ó cultivando las flores de su jardín, ó ensayando en el piano alguna ópera de Meyerbeer ó de Rosini.

» Federico iba muchas veces á caza, y cuando volvía encontraba á sus dos amigas esperándole con impaciencia. Reñíanle cariñosamente por su tardanza; le obligaban á sentarse en medio de ellas, y le prodigaban sus inocentes y graciosas caricias.

» Así vivían extasiados de ternura, sin escuchar la grave y mofadora voz que mide el tiempo, porque las horas no tenían para ellos importancia ni significación. Y en efecto, ¿qué importa su fuga, más ó menos rápida, cuando el alma está llena de felicidad? El primer cronómetro se debió sin duda á un sentimiento de fastidio.

» Entretanto se aumentaban de día en día las habladurías de los vecinos. El aislamiento sistemático en que vivían los jóvenes era poco á propósito para apaciguar un clamor que estribaba en la envidia, que siempre suscita la felicidad ajena, y un incidente puso el colmo á su furor, al mismo tiempo que este furor iluminó de pronto á los tres primos sobre su situación respectiva, y sobre la reprobación que, sin saberlo, se habían atraído.

» Federico y sus dos amigas volvían una tarde de llevar varios auxilios á una pobre familia que habitaba fuera del pueblo, y aunque siempre solían pasar por un sendero que atravesando los viñedos conducía directamente á su casa, aquel día, deseando abreviar el camino, entraron en el camino real, en cuyos lados había muchas viviendas. Justamente era domingo, y no faltaban allí compadres y comadres perorando al raso.

— Mira, vecina, ahí van las señoritas con el negrillo.

— Ya los veo, ya los veo; y ya es tiempo de que cese el escándalo.

— ¡Vaya! Y las palomitas la echan de mejores que nosotras.

Los tres jóvenes, aunque sorprendidos de semejante recepción, prosiguieron tranquilamente su paseo hácia el pueblo, cuando añadió una de aquellas mujeres:

— Se me figura que nos miran por encima del hombro.

— Pues es preciso darles á entender que aquí no hay más que gente honrada, contestó otra.

Los grupos se aumentaban por momentos, y la emoción que sentían los hombres y las mujeres que los formaban, se convirtió en cólera; los epítetos más groseros y estúpidos se cruzaban de una á otra parte con encarnizamiento; pronunciados al principio á media voz, iban *crescendo* poco á poco, y era de temer que llegasen á los oídos de Federico. Ya observaba este con asombro aquellos gestos furibundos, que parecían designarle, y aquellos semblantes que respiraban una indignación cómica. Al fin se desencadenó la tempestad.

— Ya no puedo más, gritó un moceton de atléticos hombros, y quiero camorra con el negrillo.

— Bien dicho, Francisco, le respondieron. ¿Y qué vas á decirle?

— Ahora lo veréis.

Y el rústico se acercó á Federico, y le dijo:

— Vamos, negrillo, dame parte, porque para tí solo es demasiado lo que llevas.

— ¿Qué significan esas palabras? preguntó el joven.

— Significan que no es justo que te des tono con dos buenas mozas del brazo, y me quede yo sin ninguna.

Federico iba ya á arrojarse sobre el gañán; pero Alicia y Rosina exclamaron:

— ¡Por piedad! no le respondas.

— Teneis razon, contestó su primo; este hombre está embriagado.

— ¡Cómo! repuso el moceton: suelta una de las dos, ó no pasas adelante.

— Retírate, le gritó Federico indignado, pues de lo contrario...

— ¿Qué harás, mequetrefe?

Apénas había pronunciado Francisco estas palabras, cuando un golpe vigoroso, asestado á su pecho, le hizo rodar sin sentido hasta un foso inmediato.

Las jóvenes, más muertas que vivas, arrastraron con-

sigo á Federico, sin que nadie opusiese el menor obstáculo á su retirada.

Los actores de aquella escena se habían quedado, en efecto, estupefactos, porque no esperaban una prueba tan decisiva de la fuerza hercúlea de Federico, cuyo exterior no la anunciaba: pero después del primer momento de estupor levantaron á Francisco, quien, aunque recobró pronto los sentidos, no quiso abrir los ojos, pues se sentía humillado; llevaronle á casa del Hipócrates del pueblo, y este aseguró que á beneficio de cataplasmas y unos cuantos días de tranquilidad quedaría restablecido del golpe.

— ¡Cómo es esto! vociferó otro gañán; ¿con qué esos trastueros no se contentan con despreciarnos, sino que nos aporrean como si fuéramos perros? ¿Y nos hemos de dejar avasallar de ese modo? No, con mil carretadas de diablos. Les juro por mi nombre de Juan, que saldrán del pueblo, ó nos veremos las caras.

Al punto se instaló un conciliábulo, y se decidió que un orador decidido iría á intimar á los jóvenes la orden de despejar el campo. Mas ¿quién ponía el cascabel al gato? Nadie se atrevió á encargarse del mensaje, porque la aventura de Francisco hacia prudentes á los más animosos.

En vista de esto, recurrieron á otro medio menos peligroso, el de dirigir á los jóvenes cartas anónimas, conviniéndose en que, si de esta manera no se lograban resultados positivos, armarían todas las noches delante de la casa de los primos formidables alborotos. Fijáronse en esta resolución, y algunos minutos después ya habían escrito una docena de cartas henchidas de insultos, de calumnias y de feroces amenazas. Arrojaron después aquellos viles escritos al jardín de nuestros jóvenes, y como ya era tarde, se separaron los hombres y las mujeres que habían tomado parte en la conspiración con la conciencia tranquila, y con la satisfacción de haberse vengado noblemente.

Al dar Federico las buenas noches á sus primas, se contentó, por la primera vez de su vida, con estrechar sus manos, sin atreverse á abrazarlas; Alicia y Rosina por su parte tampoco tuvieron fuerzas para quejarse de su proceder.

— ¿Se había roto el velo por ventura? ¿Habían sondeado sus corazones y hallado el amor que hervía en sus profundidades? La conversación que aquella noche tuvieron las dos jóvenes nos instruirá de lo que deseamos saber.

— Rosina, dijo Alicia á su prima, pon tu mano en mi frente, y verás cómo abrasa.

— Lo mismo que la mía, respondió Rosina asustada. ¡Dios mio! ¿qué quiere decir esto?

— ¿Has notado que Federico no ha querido abrazarnos como otras noches?

— Sí por cierto, y es una cosa singular lo que me pasa: estaba tan turbada con la escena de esta tarde y con lo que he oído...

— ¿Qué has oído, Rosina?

— No puedo decírtelo, pues te contristaría.

— Es que... yo también he oído... ¡Oh! ¡Qué cosa tan horrible! ¿No es verdad?

— Sí, hermana mía.

— Pero las injurias que nos ha dirigido la multitud no es lo que más me aflige.

— ¿Pues qué?

— Respóndeme francamente, hermana. ¿Qué experimentas tú cuando Federico está á nuestro lado?

— Me sería imposible explicártelo. La sangre hierve en mi cabeza y mi corazón palpita con más violencia.

— ¿Y no cubre tu vista una nube?

— Sí, sí.

— ¿No sientes como una especie de vértigo?

— Sí... pero ¿te sucede lo mismo que á mí?

— Exactamente.

— ¡Rosina! nunca me lo has dicho.

— Ni tú tampoco.

— ¡Dios mio! Sin duda nos revelaba el instinto que este descubrimiento sería para los tres una gran desgracia.

— Alicia, temo comprenderte.

— Rosina, las dos amamos á Federico.

— ¡Hermana!

— Sí... sí... ya lo has oído.

Las dos jóvenes, por un movimiento espontáneo, se abrazaron estrechamente sollozando.

Federico se hallaba tan agitado como ellas, pues lo que hasta entonces solo había divisado á través de las nieblas de un vago horizonte, aparecía á sus ojos visible y amenazador.

Las palabras que habían llegado á sus oídos, al pasar por medio de los grupos, y la confusión que experimentó al separarse de sus primas, acababan de confirmar todas sus dudas.

— ¡Ah, con qué es verdad! exclamó. ¡Alicia y Rosina! ¡Con qué es preciso que me aparte de ellas! No he sabido poner límites al entusiasmo que sus gracias, su belleza y sus virtudes me inspiran... hé aquí mi crimen... crimen que el mundo no me perdonará. He debido fijar mi cariño en una de las dos, y abandonar el recuerdo de la otra... pero ¿cómo decidirme entre ellas? ¡Oh! añadió irónicamente: eso hubiera sido muy fácil: se manda al corazón como á un perro, y obedece. Si soy culpable, porque no he señalado al mio la parte precisa hasta donde debía ir, y porque no he arreglado sus aspiraciones con un compás.

¿Y qué hacer ahora? La atención de los murmuradores se ha despertado, y ya no nos dejarán un momento de descanso; no habrá paz ni tregua. ¿Les haré enmudecer casándome con Alicia ó con Rosina? ¡Desgracia-

do! ¿Cómo puedo engañarme á mí mismo? ¿Con cuál, con cuál de ellas?... Además ¿lo consentirán? Me aman, sin duda alguna; ¿pero me aman como hermano? ¡Ah! Mi cabeza estalla, y bajo cualquier aspecto que considere mi situación, solo veo tormentos y lágrimas, luto y desdicha... Ea pues; es preciso que yo me resigne... Partiré... dejaré aquí la mitad de mi vida... La desgracia acabará muy pronto con la otra mitad.

Durmióse muy tarde atormentado con estos pensamientos.

Su sueño, así como el de sus jóvenes primas, fué pesado y penoso; agitáronle siniestras pesadillas, y por fin se levantó al amanecer, y bajó al jardín.

El primer objeto que se presentó á su vista fué una de las muchas cartas anónimas que sus enemigos habían arrojado. La leyó con ira, pues era un diccionario de injurias: dió algunos pasos, y encontró otras esparcidas en los cuadros del jardín.

Iba á continuar sus pesquisas y á recoger todos los libelos por temor de que alguno de ellos fuese á parar á manos de sus primas, cuando distinguió hacia la entrada dos formas blancas; acercóse á ellas y reconoció á Alicia y á Rosina.

— Es indispensable que yo las hable, murmuró, y que mi suerte se decida al punto.

Al reparar en él las jóvenes, no pudieron disimular un movimiento de sorpresa, y Rosina guardó con precipitación un papel.

— ¿Lo habeis leído? preguntó con ansiedad.

— Sí, contestó Alicia bajando la cabeza.

— ¡Cobardes! exclamó Federico. ¡Mil veces cobardes, que insultan á las que deberían adorar de rodillas!

— Tranquilízate, Federico, dijo tristemente Rosina; somos impotentes contra la opinion de la multitud, y aunque es injusta, debemos inclinarnos ante ella nuestras frentes. Sobre esto queríamos hablarte Alicia y yo.

— Os habeis adelantado á mi deseo: ya os escuchó.

— Habla tú, dijo Rosina á su hermana.

— No... yo no tengo fuerzas para tanto; contestó Alicia entre sollozos.

— Pues bien; hablaré yo por vosotras, repuso Federico en el mayor trastorno, porque he adivinado vuestro pensamiento. Creéis que el mundo puede haber comprendido tal vez parte de la verdad, y calculais friamente las consecuencias; quereis, pues, alejarme, echarme de aquí...

— ¡Ah, Federico! exclamaron á un tiempo las dos jóvenes.

— En efecto; el mundo es justo, el mundo ha acertado: el mundo ha sabido penetrar el secreto de mi corazón, secreto que yo no conocía hasta el instante en que él me lo ha revelado con sus persecuciones y sarcasmos. Ahora ya podeis arrojarme de vuestro lado.

— Eres cruel, Federico, repuso Alicia. ¿No estás viendo que un poder inexorable dispone de nuestra suerte como de la tuya? ¿No conoces que si solo escuchásemos la voz de nuestros corazones...

— ¡Qué!

— Podemos confesárselo, Rosina, supuesto que va á partir, dijo á Alicia.

— Sí, replicó Rosina, es preciso: todas esas impresiones que tú has experimentado, Federico...

— Acaba...

— Tambien las hemos sentido nosotras.

— ¡Las dos!

— Sí.

Una hora despues Federico, pálido y lívido, se hallaba en camino para Paris.

Tomó un cuarto de la misma casa en que yo vivía, de modo que no tardé en anudar relaciones con él: llegué á ser en breve su íntimo amigo, y mas tarde me refirió los pormenores secretos de su vida.

Hacia ya unos cuantos meses que vivíamos juntos, por decirlo así, cuando cierto día, en que no le había visto temprano segun costumbre, me dirigí á su cuarto, cuya puerta estaba abierta. Entré, y nadie había en él; le llamé, y no recibí contestacion: además el orden y aseo de su habitacion me persuadieron de que no había pasado allí la noche. Bajé inmediatamente á informarme del portero, y este me dijo que efectivamente mi amigo había salido de casa al anochecer del día anterior, y que no había vuelto á verle.

— ¿Qué direccion tomó? le pregunté.

— Lo ignoro, me respondió.

— ¿Parecia tranquilo?

— ¡Oh, no! estaba trastornado y corria como un loco.

Salí agitado é inquieto: el instinto mas bien que la voluntad me condujo á las orillas del Sena; pero nada ví, y tuve que volver á casa, esperando tal vez que en ella encontraría á mi amigo. ¡Vana esperanza! Pasó la noche entera sin que nada pudiese averiguar acerca de su paradero.

Al día siguiente fui á la Prefectura de policía; mas tambien este paso fué inútil: trascurrieron del mismo modo todas las horas, llegó la noche, y cansado de correr por las calles y los paseos de Paris, á fin de averiguar la suerte de Federico, me acosté vestido.

No tardé en dormirme; pero me despertó un ruido que hacían en la escalera. Abrí la puerta de mi cuarto, y grité:

— ¡Federico!

La oscuridad era completa; ninguna voz contestó á la mia; pero desde luego conocí que subía alguna persona.

— ¿Eres tú, Federico? volví á exclamar.

Una mano helada estrechó la mia convulsivamente, y me hizo estremecer.

Por último entramos en mi aposento, y... era en efecto mi pobre Federico; pero ¿en qué estado, Dios mio! Lívido, desordenado el cabello, descompuesto el traje... Le abracé repetidas veces, y le abrumé con mis preguntas.

He aquí lo que me refirió.

Cuando se disponía á pasar á mi cuarto, encontró al criado de la casa, quien le entregó dos cartas. Miró el sobre de una de ellas, y reconoció la letra de Alicia: abrióla al punto y leyó lo siguiente:

« Mi querido Federico; ponte en camino en cuanto recibas estas líneas, si quieres llegar á tiempo para que pueda darte mi último adiós. He resuelto morir para que seas dichoso con mi amada Rosina, proyecto que concebí no bien te separaste de nosotras; y lo único que deseo es que no te aflija mi desventura; ya conoces que para la felicidad de los tres, una de nosotras estaba demás en la tierra. ¡Paciencia, Federico! Esa felicidad no será perdida para mí, pues abrigo la esperanza de gozarla en un mundo mejor, cuyos placeres son mas puros y duraderos que los del mundo. »

No bien hubo recorrido estas líneas, salió de casa mi amigo como un loco, alquiló un caballo, y partió á escape hacia el pueblo de G.

Llegó á la pared del jardín y halló abierta la puertecilla del mismo; entró, se dirigió en la casa en que vivían las dos jóvenes, y le pareció que oía gemidos. Por fin penetró en el gabinete de sus primas... ¡Qué espectáculo tan horrible se ofreció á su vista!

Alicia y Rosina yacían en el suelo, víctimas de insportables dolores, y se retorciaban las manos con mortales angustias.

Al ver á su primo, hicieron esfuerzos para levantarse, y una sonrisa de felicidad asomó á sus ya marchitos labios.

— ¡Federico! exclamaron: al ménos no morirémos sin haberte visto.

— ¡Qué! ¿no hay esperanza? gritó Federico fuera de sí. ¡Alicia!... ¡y tú, Rosina, tambien has querido morir como ella!...

— Y como ella te lo he escrito, respondió Rosina.

Federico se acordó entónces de la segunda carta, que no había abierto, por haberle trastornado completamente la lectura de la primera.

La fatalidad había inspirado al mismo tiempo la terrible resolucion de sacrificarse una por otra á aquellas dos jóvenes. Despues de haberse envenenado, se reunieron, y... ¡cuál fué su dolor cuando la espantosa revelacion salió de sus abrasados corazones, cuando sus labios comenzaron á perder el brillo y la frescura de la vida! El sacrificio de las dos hermanas era inútil; ninguna de las dos hacia feliz á la otra; morían juntas llamando á Federico.

El desgraciado llegaba... pero era tarde, porque el veneno había hecho rápidos progresos: un cuarto de hora despues espiraron, y mi amigo acompañó sus cadáveres á la sepultura, y se despidió de ellos, diciendo:

— Pronto me reuniré con vosotras.

El mismo día volvió á Paris.

— ¿Y qué piensas hacer ahora? le pregunté.

— Una cosa muy sencilla, me contestó al punto; reunirme con ellas.

— ¿Cómo! ¿atentarás contra tu vida?

— No; la religion y mi carácter me prohíben suicidarme; pero cogeré un fusil, y procuraré distinguirme en la guerra de Argel.

Así lo hizo poco despues; pasó á Africa, y encontró en el campo de batalla una muerte gloriosa.

No bien concluyó Luciano su relacion, cuando le dijo el poeta.

— Nos habeis probado que un hombre puede amar sinceramente á dos mujeres al mismo tiempo; pero eso no es mas que una excepcion.

— Convengo en ello, respondió Luciano con seriedad, porque el hecho es que, para un hombre que ame á dos, se encuentran cien mil que no aman á ninguna.

Monumento de la Magdalena en Paris.

Este edificio, situado á la extremidad occidental del bulevar de la Magdalena, frente á la plaza de la Concordia y del palacio de la Asamblea nacional, debió de tener otro destino muy diferente, y hay pocos monumentos que hayan experimentado tantas vicisitudes en su establecimiento.

Si hemos de creer á algunos escritores, la intencion del gobierno era reproducir en la capital de Francia el panteon de Roma, que debia de hacer simetría con el palacio de Borbon, frente al cual debia de colocarse. Las obras en que se trabajaba con rapidez estaban ya muy adelantadas cuando estalló la revolucion, que las hizo cesar en 1790, y las destruyó en 1793. En el cementerio de la Magdalena fué donde se recogieron los restos mortales de Luis XVI, y mas tarde los de María-Antonieta.

De 1796 á 1799 se presentaron varios proyectos para levantar en el sitio de la Magdalena un monumento digno de la gran nacion. El destino, como ya se supondrá, fué enteramente otro: unos propusieron la construccion de una sala para el cuerpo legislativo; otros un museo nacional, una biblioteca pública; y otros un teatro ó un mercado. Los arquitectos de la capital esperaban la decision del gobierno acerca de la ereccion del

nuevo monumento, cuando un decreto, fechado en Posen el 2 de diciembre de 1806, hizo saber las intenciones del emperador sobre el particular. Este notabilísimo decreto se ha hecho histórico y merece que le traslademos aquí:

« Napoleon, etc., decretamos:

» Art. 1.º En el terreno de la Magdalena de la ciudad de Paris se establecerá por cuenta del tesoro de nuestra corona un monumento dedicado al Gran Ejército, en cuyo frontispicio se pondrá: EL EMPERADOR NAPOLEON A LOS SOLDADOS DEL GRAN EJÉRCITO.

» Art. 2.º Dentro del monumento se inscribirán en tablas de mármol los nombres de todos los que se hallaron en los combates de Ulm, Austerlitz y Jena, y en tablas de oro macizo los de los que perecieron en el campo de batalla. En tablas de plata se grabará la recapitulacion por departamentos de los soldados que cada uno suministró al Gran Ejército.

» Art. 3.º Al rededor de la sala se esculpirán bajos relieves, en los cuales se representarán los coroneles de cada uno de los regimientos del Gran Ejército con sus nombres: estos bajos relieves se harán de manera que los coroneles se hallen agrupados al rededor de sus generales de division y de brigada por cuerpos. Las estatuas de mármol de los mariscales que mandaron cuerpos ó que hicieron parte del Gran Ejército se colocarán dentro de la sala.

» Art. 4.º Las armaduras, estatuas y monumentos de todas clases conquistados por el Gran Ejército en las dos campañas; las banderas, timbales, etc., conquistados por el Gran Ejército con los nombres de los regimientos enemigos, se depositarán dentro del monumento.

» Art. 5.º Todos los años, en los aniversarios de las batallas de Austerlitz y de Jena, se iluminará el monumento, y se dará un concierto precedido de un discurso sobre las virtudes necesarias al soldado y de un elogio de los que perecieron en el campo de batalla en tan memorables días.

» Un mes ántes se abrirá un concurso para recibir la mejor pieza de música análoga á las circunstancias.

» A los autores de cada una de estas composiciones se les dará una medalla de oro de ciento cincuenta doblones napoleónicos.

» En los discursos y odas se prohíbe expresamente el hablar del emperador.

» Art. 6.º Nuestro ministro del interior abrirá sin demora un concurso de arquitectura para elegir el mejor proyecto para la ejecucion de este monumento.

» Una de las condiciones del prospecto será la conservacion de la parte del edificio de la Magdalena que existe hoy, y que el costo no pase de tres millones.

» Una comision de la seccion de bellas artes de nuestro Instituto será encargada de presentar un informe á nuestro ministro del interior, ántes del mes de marzo de 1807, sobre los proyectos sometidos al concurso. Las obras principiarán el primero de mayo, y deberán terminarse ántes del año de 1809.

» Nuestro ministro del interior será encargado de todos los detalles relativos á la construccion del monumento, y el director de nuestros museos de todos los detalles de los bajos relieves, estatuas y cuadros.

» Art. 7.º Se adquirirán cien mil francos de renta en inscripciones sobre el Gran Libro para la dotacion del monumento y su sostenimiento anual.

» Art. 8.º Cuando esté construido el monumento, el gran consejo de la Legion de honor será especialmente encargado de su custodia, de su conservacion y de todo lo relativo al concurso anual.

» Art. 9.º Nuestro ministro del interior é intendente de los bienes de nuestra corona serán encargados de la ejecucion del presente decreto.

De los noventa y dos proyectos presentados al Instituto por los concurrentes, se colocaron cuatro en primera línea y se dirigieron á Napoleon, que entónces tenia su cuartel general en Tilsitt. El Instituto manifestaba en su informe que había concebido el primer premio á M. Beaumont por ser el que había correspondido mejor á las condiciones del programa. El emperador pensó de otra manera: dió la preferencia al plano de M. Pedro Vignon, que inmediatamente recibió la orden de ocuparse en sus construcciones. Ya estaban muy adelantadas las obras, cuando, como en 1790, fueron suspendidas por otro acontecimiento político: la abdicacion de Napoleon y la vuelta á Francia de la familia de los Borbones. El monumento volvió á cambiar de destino; se lo dedicó al culto católico. En su consecuencia Vignon continuó las obras y las dirigió con talento hasta 1828 en que terminó su carrera. El gobierno le reemplazó con M. Huvé, que tuvo finalmente el honor de ver acabado este edificio, al ménos exteriormente.

Exposicion de Bellas-Artes de Paris.

(Artículo tercero.)

En el número precedente suspendimos nuestros estudios sobre la Exposicion actual, en el género alegórico, y dijimos que en el día no cuenta muchos partidarios. Vamos, sin embargo, á citar algunas pinturas de este género, y entre ellas merece la prima *La Paz*, por M. LUIS BOULANGER, de un aspecto bastante agradable, pero sin ninguna cualidad sobresaliente. La fi-

gura de la Paz descuella en medio de este lienzo, con una rama de olivo; á su derecha está la Abundancia, con su famoso cuerno, y á su izquierda otra figura coronada de pámpanos y con un azadon. Al pié de la Paz se ve un genio que parece estar quemando con una antorcha varias armaduras de hierro, y otra que está en el aire lleva esta inscripción *Pax optima*. Este cuadro puede servir de adorno en el interior de algun palacio, pero en la Exposicion no representa el mejor papel.

Después citaremos *La Caridad*, por M. CROST, puesta en escena en un rico vestíbulo de unas cuarenta figuras, sin contar las estatuas. La Caridad está en medio con varios niños en las rodillas; á sus piés hay algunos enfermos, y á sus dos lados se ven grupos de artistas y artesanos, cada cual con los atributos de su respectiva profesion. Esta composicion, colocada con simetría, puede figurar dignamente en un establecimiento de beneficencia, pero, á nuestro juicio, una simple figura de mujer aliviando la miseria haria mas impresion que esta vaga personificacion en medio de un aparato teatral.

M. LAEMLEIN ha presentado una vasta composicion alegórica intitulada *la Música*, que llama la atencion por su aspecto singular. En otra composicion muy notable expuesta en 1850 bajo el título de *Vision de Zacarias*, M. Laemlein quiso dar la idea del movimiento; en su cuadro de este año parece haber querido dar la del reposo; á lo ménos así se debe creer al ver todos esos personajes inmóviles, en pié ó tendidos, y uno de ellos ocupado en magnetizar á una jóven. Sin embargo, ciertas apariencias fantásticas que se producen en vapores al horizonte, parecen pertenecer á otro orden de ideas, pero el pensamiento general es oscuro, y la forma, á veces indecisa, no es propia para sacarnos de la duda. Pero el catálogo nos hará ver claro en el asunto; esta obra no solo se halla inscrita en él bajo el título de la Música, sino que trae debajo como explicacion unos versos del Metastasio, cuyo sentido es que sin la lira de Anfion y de Orfeo, los hombres habrian arrastrado siempre una vida miserable, sin dioses, sin leyes y sin murallas.

A beneficio de esta indicacion, vamos ahora á descifrar esta música á primera vista. A la izquierda sentados en un corro, y formando un elegante grupo, se ven una mujer con un brazo extendido hácia adelante, y un jóven que murmura algunas palabras á su oido; este dicen que es Mendelssohn; delante, y en medio del lienzo, está tendido en tierra Rossini; á la derecha, entre una multitud de personajes que están en pié, hay un persa, un salvaje de América, la cabeza de Litz, y delante de esta Feliciano David con las manos extendidas y magnetizando á una jóven esbelta, pálida y que está desmayada, vestida de blanco y sostenida por una mulata; y por último al extremo derecho del cuadro se ven una porcion de personajes vestidos de negro, entre los cuales se hallan Cherubini, Weber, Meyerbeer, etc., etc...

En el segundo término están figurados los músicos mas antiguos, y aquí se ven, en un sitio aparte, Mozart y Beethoven, los dioses de la música. La gerarquía se ha guardado mal en este cuadro; estos dos genios incomparables debian brillar á la cabeza de todos. Pero hasta ahora nada indica que se trata de música; sin embargo, en el ho-



Los discípulos de Emmaus.

rizonte se descubre todo un pueblo, cantando y tocando la lira ó la guitarra. Si la composicion se detuviera aquí, tendria sus limites y su unidad, á pesar de la vaguedad de algunos puntos; pero nada de esto: entre las últimas figuras del horizonte se ven apariciones colosales como cinocéfalos y tántalos tocando el arpa; después en los confines de la tierra, sombras aéreas y formas desconocidas circulan por entre las nubes, y en lo mas alto de los cielos se dibujan tántalos y elefantes en una apoteosis, cuyo sentido es un oscuro problema para nosotros. El pensamiento del autor parece haberse remontado desde Metastasio á Pitágoras

para ir mas allá aun, hasta perderse en alguna teología primitiva. No dudamos que en el desarrollo completo de esta vida pueda haber argumento para un poema, lo que si dudamos mucho es que ningun pintor pueda sacar de él un buen partido. El poeta manifiesta su idea por tiempos sucesivos, en tanto que el pintor debe manifiestarla á la vez en su aspecto total, de modo que, al querer introducir en un cuadro muchos elementos distintos, se expone á romper la unidad del aspecto general que deben presentar armónicamente todos ellos. Por muy lógico que sea, segun la concepcion del autor, el que los tales animales simbólicos del Egipto, así como los elefantes se paseen en el cielo, no por eso dejan de perjudicar á la perspectiva intelectual del espectador, arrastrándole hácia unos problemas impropios de la pintura.

En este cuadro de la música no hay nada que sea pintoresco; las figuras se hallan agrupadas sin arte ninguno; la composicion está vacía en medio, porque Rossini solo tendido delante de los demás personajes no la llena como es debido. Todos esos hombres inspirados por un arte que sirve para unir á los hombres, se hallan aislados, con la mirada fria; en fin, no hay una accion, un lazo comun que lo una todo.

¿Se hallan encadenados entre sí estos personajes por los conciertos celestiales cuya armonía oyen á lo léjos? Esto no puede ser, porque entónces sus fisonomías en vez de estar impasibles se hallan extasiadas.

Sin embargo, el público se interesa en esa poesía filosófica, aunque vaga é incorrecta, que manifiesta este autor sistemáticamente en sus composiciones.

Los pensamientos ingeniosos no son siempre propicios para el arte, y hay ocasiones en que le perjudican en extremo; en una palabra, no constituyen el fondo de las obras, y no deben considerarse sino como accesorios. Por esto mismo los artistas harian bien de pensarlos en su justo valor.

En el cuadro intitulado *Nazaret*, por M. ROBERTS, la Virgen contempla tristemente al niño Jesus que está ocupado en tejer una corona con varios tallos de espinas, sin las rosas. La idea es quizás demasiado ingeniosa, pero en cambio el arte no lo es bastante.

Otro artista, M. MICHAUD, ha puesto en accion esta idea: « *El cuerpo muere y el espíritu queda,* » representando un hombre muerto tendido al pié de una estatua de Miguel Angel, que parece mirarle con desden; mas allá se ve un pedazo de la *Transfiguracion* de Rafael, un dibujo de Prudhon, y varios objetos como una paleta, un violin, una careta de color de rosa sobre una cala-

vera, y una lámpara apagada. La idea es transparente; pero el estilo de este pintor podia ser mejor, aunque fuera ménos filosófico.

Citarémos tambien, en apoyo de nuestra tesis, un asunto que no es ingenioso, ni claro, ni significativo; en una palabra, que no tiene ninguna buena razon para darse á luz, si no es la de que el Senado le necesita. Este cuadro se intitula: *los Legisladores bajo la inspiracion evangélica*. Jesucristo domina la composicion, colocado en medio de los cuatro Evangelistas, en pié con el Evangelio. Debajo están san Gerónimo, san Pedro y san Pablo, y después vienen Constantino, Justiniano, Carlomagno, etc. hasta llegar á Luis Felipe. El autor M. SIONOL ha llevado á cabo esta ingrata tarea de un modo propio para



Los dos Foscari.

que queden satisfechos todos los Senados del mundo.

En la revista que acabamos de hacer de los cuadros alegóricos del salón, habríamos debido hablar del *Renacimiento* de M. LANDELLE, pero no lo hemos hecho porque el dibujo de este cuadro no está pronto aun, y queremos que acompañe á nuestro artículo.

Ahora vamos á transportarnos á un campo diametralmente opuesto, al de los coloristas, y principiaremos por M. Eugenio DELACROIX, el primero de todos ellos.

M. E. Delacroix no ha enviado á la Exposición mas que tres cuadros de cortas dimensiones, con tales cualidades y tales defectos, que excitan en el público las impresiones mas opuestas.

El primero de estos cuadros tiene por asunto: *Los discípulos y las santas mujeres despues de la muerte de san Esteban, amortajando su cuerpo piadosamente*. La mayor parte de las condiciones que exige este asunto faltan aquí. Las tres figuras que sostienen el cuerpo del santo, le sostienen tan mal, que no se sabe como no se cae en el suelo. La santa mujer que está de rodillas se halla en una actitud pretenciosa; su pecho, además de estar desfigurado, se halla descubierto de un modo poco pudoroso.

La acción pasa en Jerusalem, y sin embargo ninguno de los personajes presenta el tipo judío. En fin, sería cosa de no acabar nunca si se quisieran enumerar las incorrecciones... Todos estos defectos, hay que reconocerlo, justifican el desagrado que causa esta pintura en cierta parte del público; pero si olvidando un instante la intolerancia, se quisiera considerar esta escena en su conjunto sin mirar de muy cerca á los actores, el grupo principal parecería muy bien imaginado, muy sencillo, muy verdadero y muy interesante. Las líneas parecerían bien combinadas, y se vería lo bien que llenan el lienzo las figuras, como la mujer arrodillada en primer término que recoge la preciosa sangre, y en el último la otra mujer que corre con espanto. A esa distancia no se echan de ver lo abultadas que son las manos, y únicamente se descubriría la verdad de su movimiento y de su emoción. Llegado por último el espectador á esta clase de acuerdo por temperamento, como dicen los músicos, se disfrutaría de los encantos de esta pintura, encantos que solo se revelan á pocos, como el del colorido poético que envuelve la escena toda con una atmósfera propia impregnada de siniestros resplandores. Esto es lo que causa la admiración de muchos; pero se concibe que no todos quieren entrar en esta lucha con su sensibilidad particular, y esto hace su oposición legítima.

En otro cuadro, M. E. Delacroix ha representado el *Rapto de una joven por unos piratas africanos*. Este es un ligero bosquejo, pero que produce su efecto.

CUADROS QUE ACOMPAÑAN Á ESTE ARTÍCULO.

El último cuadro de M. E. DELACROIX es el de los discípulos de Emaus, composición de un efecto suave y armónico; es un cuadro de interior donde la luz está tratada á la manera de los pintores flamencos, aunque se descubren siempre los toques atrevidos, peculiares del estilo del maestro. El traje es de todas las épocas. El peregrino de la izquierda es un



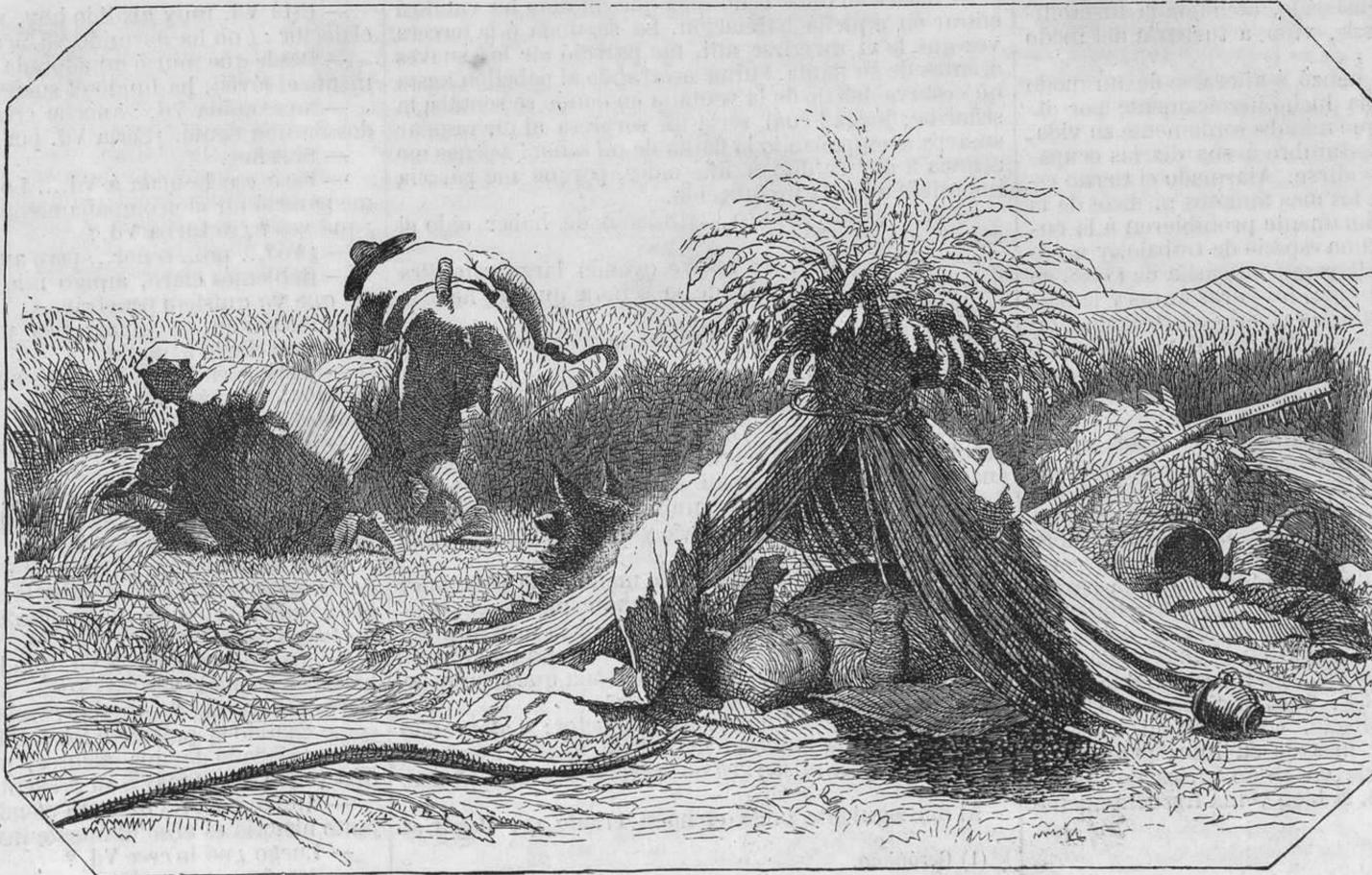
Una guarida de ladrones.

parroquiano de las tabernas de Bronwer, y tiene la pierna torcida; el de la derecha podría sentarse á las bodas de Caná de Pablo Veronés. La criada que baja la escalera lleva en la mano un jarro de cerveza. Los vasos de la mesa son otros tantos anacronismos en el cuadro. Je-

Un pintor en su estudio, pintura bien comprendida, y de un colorido agradable, y el otro que llama *Una guarida*, donde se ven dos bandidos jugando con calor á las cartas, acompañados de un muchacho y de una vieja que les están mirando. El colorido tiene un aspecto

duro propio de la escena, y el conjunto de esta composición agrada como un capricho bastante bien tratado.

M. VAN MUYDEN ha enviado de Roma un lienzo intitulado: *Los Segadores romanos*. Este cuadro no es comparable á los que este pintor envió los años precedentes. Al ver el nombre de M. Van Muyden en el catálogo, esperabamos alguna composición graciosa y elegante, porque recordabamos la bonita figura de mujer romana dando de mamar á un niño que expuso en 1850. ¿Qué genio fatal ha venido á cambiar su talento en tan corto plazo? La tierra, las haces, las espigas, todo es falso. Sin duda esta pintura es un capricho, pero su talento debe emplearse en cosas mas serias.



Segadores romanos.

Amor despues de la muerte.

LEYENDA DEL SIGLO XIX.

I.

Cualquiera creerá al leer la relacion siguiente, que es una invencion de la fantasia del novelista ó del poeta. Empero nada es mas cierto. Los hombres expertos en las ciencias físicas podrán tal vez explicar como efectos de causas naturales los prodigios que voy á narrar; yo mismo podria explicármelos hasta cierto punto, y aun he ensayado con algun éxito algunas pruebas delante de varios amigos; pero á decir verdad, prefiero creer que los produjeron causas sobrenaturales; prefiero, y no me avergüenzo de decirlo, una supersticion piadosa y consoladora, capaz un dia de hacernos soportar con valor los mas terribles infortunios, á la verdad científica, que en cambio de un pequeño adelanto del entendimiento, nos quita tantas adoradas ilusiones del corazon.

Hace algunos años que llegaron á Milan dos jóvenes esposos, al parecer extranjeros. Muy poco despues de su llegada á la capital del reino Lombardo-Veneto, se dedicaron, el marido á hacer retratos, y la mujer á dar lecciones de música, ó por mejor decir, ambos se dedicaron á la enseñanza y ejercicio de ambas artes, en las cuales eran igualmente aventajados. En breve tuvieron una numerosa clientela, y como eran muy activos, y se hacian pagar bien sus trabajos, no tardaron en disfrutar de una mas que decente medianía.

El marido, á quien llamaremos Carlos, estaba cada dia mas enamorado de su Julia: este era el nombre de la joven esposa. Veíaseles siempre juntos en las horas que dedicaban á gratos paseos ó solaces apacibles, y todas las noches que no iban á alguno de los teatros, ó á cualquiera otra diversion, empleaban la velada tocando á dúo, ella la arpa y él la flauta, favoritos instrumentos suyos, en cuyo conocimiento habian llegado á no pequeña altura.

No pasó mucho tiempo sin que Carlos pudiese disponer de una suma bastante crecida para comprar una linda casita á orillas del bellissimo lago de Como, en la cual iban á pasar casi todas las fiestas, y la época de la *villeggiatura* (1) entera y verdadera.

Por largo tiempo se habian ocupado los ociosos de Milan del misterio que rodeaba á aquellos jóvenes. La nobleza de su porte, sus cortesanías modales, y ese no sé que indefinible, que sin embargo es como un sello patente que revela al través de todos los posibles misterios y disfraces, el distinguido nacimiento de las personas, inducian á los desocupados comentadores á mil conjeturas acerca de la clase y nacionalidad de los dos misteriosos artistas; pero lo cierto es que nadie supo jamás á punto fijo quiénes eran ni de dónde venian.

Hablaban con igual pureza casi todas las principales lenguas europeas, circunstancia que desesperaba á los curiosos investigadores, pues los jóvenes esposos podian pasar indistintamente por alemanes, franceses, ingleses ó italianos; mas como todo tiene fin en este mundo sublunar, tuvo tambien al cabo la impertinente curiosidad de aquellas gentes, quienes cansados de formar conjeturas sobre conjeturas, acabaron por dejar en paz á nuestros interesantes esposos.

Así vivieron aun algunos años, creciendo á la par de su fortuna y su reputacion, el mutuo cariño que se profesaban; cariño muy racional, y fundado, por otra parte, puesto que era imposible encontrar una mujer mas hermosa, honesta y angelical que Julia, ni un caballero mas cumplido y gallardo, ni un amante mas fiel y cariñoso que Carlos; pero la suerte, envidiosa de aquella dicha que ya duraba demasiado, atendida la inestabilidad de las humanas cosas, vino á turbarla del modo mas cruel y doloroso.

La salud de Julia comenzó á alterarse de un modo alarmante, y aunque ella luchó heroicamente por algun tiempo con el mal que minaba sordamente su vida, entregándose como de costumbre á sus diarias ocupaciones, hubo al fin de rendirse. Alarmado el tierno esposo, llamó á consulta á los mas famosos médicos de la capital, los cuales unánimemente prohibieron á la enferma entregarse á ninguna especie de trabajo, y aconsejaron á Carlos que la llevase á su casita de Como, en donde la tranquilidad de vida, las puras auras y la balsámica fragancia de aquellas riberas afortunadas, tal vez la restablecerian; encargándose el decano de aquella sabia asamblea, el doctor S..., que profesaba á ambos jóvenes el cariño de un padre, de ir frecuentemente á visitar á la interesante enferma.

Cumplió Carlos religiosamente la voluntad de los médicos, trasladándose sin demora á Como con su adorada Julia; pero ni sus tiernos cuidados, ni la asidua asistencia del doctor S..., el cual empleó para salvar á Julia todos los recursos que pueden dar un vasto saber y una larga experiencia unidos á un grandísimo cariño, pudieron detener la desapiadada tijera de la parca. Al cabo de algunos meses de continuos padecimientos voló aquella alma pura á la mansion eterna, dejando á su desventurado esposo sumido en el mayor desconsuelo. El excelente doctor S..., casi tan affligido como Carlos con aquella pérdida, pues profesaba á Julia un verdadero y paternal afecto, acompañó al desolado viudo durante el primer mes de su luto; pero reclamando su presencia diaria en Milan varios de sus enfermos, tuvo que dejarle, si bien venia frecuentemente

(1) Temporada de campo.

á verle, con tanta mas razon cuanto que desde ántes de la muerte de Julia habia notado en él síntomas precursores del mismo mal de que ella habia sido victima. Obedecia Carlos maquinalmente las prescripciones del médico; oia con reconocimiento los consejos del amigo; pero ni su mal cedia, ni calmaba el pesar agudísimo que su corazon amante laceraba.

II.

Uno, dos, y hasta tres meses pasaron sin que pudiese notarse otra novedad en su estado, sino el creciente e s trago que sufría su constitucion al rudo embate de los males físicos, unidos á los dolores morales. Cada dia se llevaba en su paso una esperanza del sabio médico, que veia agotarse, en marcha lenta, es verdad, pero continua, las fuentes de la vida en su joven y desgraciado amigo.

En tal estado estaban las cosas, cuando atacado el doctor por una enfermedad aguda, aunque no peligrosa, que por aquel entonces reinaba en Milan, tuvo que guardar cama diez ó doce dias, que en su inquietud por Carlos siglos le parecieron. Diariamente iba un criado de su confianza á informarse de la salud de aquel; llevaba encargo expreso de verle y hablarle personalmente, y con asombro sumo oia diariamente el cuidadoso amigo al fiel servidor, asegurarle que no solo le parecia el joven muy mejorado, sino que hasta alegre y tranquilo en sus diarias visitas le encontraba.

Repúsose por fin del todo el buen doctor, y su primera visita fué para Carlos, encontrándole efectivamente tan mejorado al parecer, y con tan plácido y sereno rostro, que casi no se atrevia á dar crédito á sus ojos. Empero observándole mas despacio, notó que aquella animacion la producía un aumento de fiebre; y ocultando su alarma, le hizo mil preguntas con el fin de averiguar, no ya el aumento de vida cuya traidora causa conocia, sino el motivo de la satisfaccion que brillaba en las facciones del joven enfermo. Turbóse Carlos; un vivo encarnado asomó á sus pálidas mejillas, y mas de una sospecha cruzó rápida por la mente del amigo. Viendo empero que sus preguntas afectaban dolorosamente al joven, cesó en ellas por entonces, y se despidió hasta el dia siguiente.

Á la salida de la casa se encontró con un criado que habia entrado al servicio de Carlos desde su llegada á Milan; le eran conocidas la lealtad y reserva de aquel hombre, y además le repugnaba tomar informes misteriosos de un criado; pero el motivo que le impulsaba era demasiado poderoso para no atropellar por todo.

— Girolamo (1), le dijo, tengo que hacerte algunas preguntas; pero ante todo exijo ingenuidad y confianza.

— Mándeme usía.

— Ten cuenta, que lo que te voy á preguntar interesa muy de cerca, nada ménos que á la vida de tu amo, con que así me contestarás sin reserva alguna.

— Sí señor.

— Dime pues, ¿qué novedad ha ocurrido desde que yo no vengo aquí? ¿recibe tu amo algunas visitas?

— Pero, señor...

— Ya te lo he dicho. La vida de tu amo tal vez dependa de tu franqueza. ¿Viene alguien á ver á Carlos? ¿Va él á alguna casa de las cercanías?

— Señor, si no os conociera tanto no os contestaria; pero la vida de mi amo es lo primero. Él no va á ninguna parte, pero creo que alguien viene á verle.

— ¿Alguien! ¿y cómo... cuándo?

— ¿Conoceis aquel pequeño pabellon del jardin..... adonde mi amo iba por las noches con la señorita?.....

— ¿Y bien?

— Hace solo unos ocho dias que mi amo ha vuelto á entrar en aquella habitacion. La segunda ó la tercera vez que le vi dirigirse allí, me pareció oír los suaves acentos de su flauta. Fuime acercando al pabellon hasta que estuve debajo de la ventana en donde se sentaba la señorita; juzgad cuál seria mi sorpresa al oír resonar su arpa acompañando la flauta de mi señor! Apenas me atrevia á dar crédito á mis oídos, porque me parecia imposible aquella profanacion.

— Pero ¿estás seguro, Girolamo de haber oído el arpa?

— ¡Oh! sí señor, sí; estuve oyendo largo rato. Era la misma tocata favorita de la señora que yo he oído tantas veces.

— ¿Y bien, viste despues salir á la persona que acompañaba á tu amo?

— No señor. El amo salió solo; echó la llave al pabellon y se la guardó en el bolsillo, encaminándose enseguida á su cuarto. Yo me habia ocultado entre los árboles para que no creyese que le estaba espionando, y cuando pasó por cerca de mi escondite pude ver á la luz de la luna que iba tan trémulo y agitado, que apenas podia sostenerse sobre sus piés, y una palidez espantosa cubria su rostro.

— ¿Ha vuelto despues muy á menudo al pabellon?

— Todas las noches, señor; y aunque me pongo siempre en acecho, no he podido descubrir lo mas mínimo acerca de la persona que lo habita; pues no tengo ninguna duda de que hay allí una persona que acompaña con el arpa al señor todas las noches.

— ¡Extraña cosa! murmuró el doctor; y alargando familiarmente la mano al fiel criado, añadió: Mañana penetraré yo ese misterio ó no volveré mas aquí. ¡Adios, Girolamo!

Al dia siguiente creia el buen criado ver llegar al

(1) Gerónimo.

doctor mas temprano que de costumbre; pero con asombro suyo vió pasar una tras otra las horas todas del dia sin que el doctor pareciese, y ya desesperaba de su venida puesto que el sol estaba muy próximo á ocultarse, cuando el ruido de las ruedas de un carruaje que venia por el camino de Milan, le hizo salir precipitadamente á la puerta de la entrada. Era en efecto la berlina del doctor, el cual apeándose apresuradamente fué al encuentro de Girolamo.

— ¿En dónde está tu amo?

— Señor, en su cuarto. No sale de él sino para ir al pabellon.

— Está bien. Dile que estoy aquí.

Y siguiendo á alguna distancia al criado, se instaló cómodamente en un sillón de la sala. Pocos instantes despues vino á reunirse Carlos, en cuyo semblante se notaba cierta violencia, sobre todo cuando el doctor le anunció que pensaba pasar la noche en Como, puesto que ya era demasiado tarde para volver á Milan.

— Le compadezco á Vd., doctor, exclamó Carlos con cierta sequedad. Desde que esta casa está sin ama, todo en ella está desordenado y en confusion. Siento anunciar á Vd. que va á pasar una noche muy incómoda.

— En no incomodando á Vd., amigo mio, lo demás me importa poco. Estoy acostumbrado á todo.

— Como Vd. guste. ¿Se recogerá Vd. temprano?

— Sí por cierto, contestó el doctor, que creyó adivinar la intencion de aquella pregunta.

— Entonces voy á mandar que preparen á Vd. un cuarto. Supongo que Vd. cenará...

— No, amigo mio; tomo solo un vaso de agua.

Salió Carlos, y volvió dentro de algunos minutos, habiendo hecho disponer el cuarto para el doctor. Este, queriendo dejarle en libertad, pretextó sumo cansancio, y se fué á la habitacion que le habian preparado. Al llegar allí se puso de acuerdo con Girolamo, que le precedia, el cual quedó en venir á avisarle en cuanto Carlos estuviese en el pabellon.

III.

Serian las nueve y media de la noche cuando vino el buen criado á llamarlo, y siguiéndole el doctor con callados pasos, llegaron hasta muy cerca del pabellon, y se situaron detrás de un bosquecillo de arbustos, cuyo frondoso ramaje los ocultaba de la vista de Carlos en caso de que saliera ántes de que pudiesen ellos retirarse hacia la casa.

Pocos instantes hacia que estaban en su escondite, cuando empezó á sonar la flauta, modulando en tono lastimero un tristísimo prelude.

Fuese animando el artista por grados á medida que entraba en aquella sonata favorita de Julia, muy familiar á los oídos del doctor, y al llegar á una parte en que habia un trozo de acompañamiento obligado de arpa, oyó el doctor resonar distintamente aquel instrumento. Apenas se atrevia á dar crédito á sus oídos; pareciale imposible que Carlos ultrajara la memoria de su esposa amando á otra mujer, y sin embargo no podia ménos de creer que habia una dentro del pabellon. Por fin acabó la sonata, y el doctor y su guia se apresuraron á volver á la casa. El buen anciano determinó hablar á Carlos al dia siguiente, y pedirle la aclaracion de aquel misterio, y se durmió pensando el modo con que entablaria una conversacion tan delicada.

Al dia siguiente lo acompañó Carlos al almuerzo. El doctor no sabia cómo empezar; la palidez del semblante y el estado del pulso de su joven amigo le llenaban al mismo tiempo de dolor y espanto: la muerte estaba suspendida sobre aquella cabeza tan joven y hermosa.

— Está Vd. muy abatido hoy, amigo mio, murmuró el doctor: ¿no ha dormido Vd. acaso?

— Desde que murió mi adorada Julia, contestó tristemente el joven, ha huido el sueño de mis párpados.

— No se cuida Vd.: anoche creo haber oído los sonidos de una flauta. ¿Seria Vd. por ventura?

— Sí señor.

— Pero eso le mata á Vd.... Lo mas singular es que me pareció oír el acompañamiento de una arpa... mas ¿qué veo? ¿se turba Vd.?

— ¿Yo?... no... señor... pero aun cuando así fuese...

— Hablemos claro, amigo mio: aquí hay un misterio que yo quisiera penetrar.

— Pues bien, sí señor; hay un misterio, pero no puedo revelarlo á nadie.

— Está bien. Y como hablando consigo mismo, añadió: ¡Jamás hubiera creído que la olvidase tan pronto!...

— ¡Qué dice Vd.! exclamó el joven.

— Digo, contestó el doctor con sereno tono, que se me hace increíble el que haya Vd. olvidado á Julia.

— ¿Pero quién le ha dicho á Vd.?... ¿de dónde le ha venido á Vd. semejante idea?

— He oído anoche distintamente el acompañamiento de un arpa, cuando Vd. tocaba la sonata favorita de Julia. ¿Quién sino una mujer puede ser esta compañera nocturna?

— ¿Quién? va á creer Vd. que le engaño, y sin embargo es la pura verdad. Todas las noches al llegar á cierto pasaje de la sonata, empieza el arpa á resonar como cuando la pulsaban los tiernos dedos de Julia. El cielo, apiadado de mis dolores, permite á su espíritu que venga á consolar á su desventurado esposo.

— Amigo mio, no quisiera ofender á Vd., pero semejante historia es absolutamente inverosímil.

— Luego ¿no lo cree Vd.?

— Soy franco, no señor.

— ¡Pues bien! Esta noche me acompañará Vd. al pabellón. ¿Conviene Vd. en ello?

— Sin duda.

Pocos momentos despues rodaba la berlina del doctor por el camino de Milan, y al anocheecer de aquel día estaba de vuelta en Como. Encontró á Carlos en un estado tal de abatimiento, que le propuso diferir hasta otro día la visita al pabellón; pero el jóven insistió en su anterior propósito.

— ¿Acaso sé yo si me queda todavía un día de vida? le dijo tristemente. No, amigo mio; irémos esta noche misma.

A la hora acostumbrada se dirigieron ambos amigos al jardín. Al entrar en el pabellón notó el doctor que todo estaba colocado como en vida de Julia. Aun estaban sobre un pequeño velador que habia en el centro, los libros que Julia prefería, llenos de señales puestas por su mano: en uno de los ángulos de la habitación veíase el arpa cubierta con un delgado velo de gasa, como durante la vida de la jóven artista, y la única variación que se notaba era que en vez de las flores recientemente cortadas que á un tiempo adornaban y embalsamaban aquel su retiro favorito, mientras ella le habitó, se veían ahora en los jarrones que las contenían, los restos marchitos de los últimos ramilletes que tal vez ella misma colocara.

Descubrió Carlos respetuosamente el arpa, y sacando su flauta empezó á modular aquel tiernísimo prelude que habia oído el doctor en la noche ántes. Seguía este con ansiosa vista los movimientos de su jóven amigo, y un terror involuntario comenzaba á apoderarse de él. Entre tanto continuábase oyendo la flauta, á la que la agitación febril de que era presa el jóven hacia resonar de un modo extraño y como sobrenatural.

¡Mas! ¡oh prodigio! Al llegar al pasaje de la sonata en que habia un acompañamiento obligado de arpa, empezó á resonar débilmente aquel instrumento, y al cabo de algunos segundos, sus cuerdas, como pulsadas por una mano invisible, resonaron con el mayor vigor y claridad. El doctor, con la boca entreabierta y los ojos desencajados de espanto, enjugaba con mano trémula el copioso sudor que bañaba su frente venerable, mientras que el moribundo jóven animaba, por decirlo así, con el último soplo de su vida el melodioso instrumento. Acababa la sonata en la flauta con una nota fuerte y prolongada, cuyo sonido se iba debilitando gradualmente hasta acabarse, y en el arpa con un acorde sonoro, que hacia resonar todo su diapason. Al espirar el sonido de la flauta, rompióse ruidosamente casi toda la encordadura del arpa, exhalándose del pecho del moribundo artista un grito desgarrador.

— ¡Oh! ¡ya no volverá! ¡Aguárdame, Julia! ¡ya... te... sigo!

Dió el doctor maquinalmente un paso hácia el arpa, pero volviéndose de repente se precipitó sobre su desgraciado amigo. Estaba medio tendido en el sillón, en la mas completa inmovilidad, y con los ojos abiertos y fijos en la ventana del pabellón. Pulsó el doctor; aplícale á la nariz un pomito espirituoso que consigo llevaba; removiéndole en todos sentidos; llamóle con los nombres mas cariñosos...

¡Vanos esfuerzos! ¡El desventurado habia ido á reunirse con su adorada Julia!

Castillo de Laval.

La ciudad de Laval, capital del departamento de la Mayenne, debe su origen á un antiguo castillo edificado en el siglo VIII, para impedir las incursiones de los bretones. Esta fortaleza fué destruida por los daneses y los normandos, y reedificada en 840 por Guyon, tercer hijo de Guy-Valla, conde del Maine. Habiéndose agrupado alrededor del castillo muchas casas, se formó en poco tiempo una pequeña ciudad, que Guyon mandó rodear de fuertes murallas almenadas y provistas de buenas torres. El general inglés Talbot se apoderó de ella á viva fuerza en 1466; pero los franceses la recobraron al año siguiente.

El castillo se eleva á orillas del Mayenne entre un monton de casas de poca apariencia. Tiene sobre él una torre alta y redonda. Tambien tiene un gran patio de vastas piezas, una capilla subterránea, una torre notable por su magnífica armadura, y una inmensa sala que estaba destinada para las deliberaciones de los vasallos, cuando el señor feudal los convocaba.

Esta antigua habitacion, que en un principio sirvió de residencia á los duques de Laval, despues duques de la Tremouille, sirve en el día de prision.

La antigua galería del castillo, de una construcción mas reciente y de mejor efecto, ha sido convertida en Palacio de Justicia.

El 25 de octubre de 1793, los alrededores de Laval fueron teatro de una batalla sangrienta, en la cual fueron completamente derrotadas las tropas republicanas.

Fortificaciones romanas del Mans.

La ciudad del Mans, capital del departamento de la Sarthe, fué fundada por los romanos en el segundo siglo

de nuestra era. Todavía se ven en toda la parte del norte las antiguas murallas de que estuvo rodeada. Estas fortificaciones, que traen á la memoria los recuerdos de guerra de cerca de diez y siete siglos, tienen una longitud de 400 á 500 metros. Existen tres torres redondas del mismo origen bastante bien conservadas, que tambien hacían parte del sistema de defensa de la ciudad galo-romana.

Revista de la moda.

SUMARIO. No solo giran las mesas. — Las fiestas campestres. — Las mesas somnambuladas. — Fraques de montar, de viaje y de paseo. — Clasificación de los chalecos en tres categorías distintas. — Aparición del coti pintorrajado. — El Orleans reemplazado por el Alpaga. — Los pantalones parecidos á los de los albañileros. — Modas de niños. — La revista de la moda no es nunca divertida. — Descripción del figurin.

Desgraciadamente no solo las mesas dan vueltas, sino que la tierra tambien se ha movido hácia atrás, de modo que en lugar de la primavera y de los días hermosos, tenemos un tiempo de otoño, frío, oscuro, lluvioso y monotonó. Las fiestas campestres en las cercanías de París no han podido ostentar sus galas; el castillo de las Flores necesita un calorífero; Asnières parece el parque sub-marino de la reina Anfitrites, y el Ranelagh no tiene una sola brisa tibia y perfumada para calentar y animar el corazón de tantas beldades, que apenas se atreven á hollar con sus ligeros piés la húmeda arena de las calles de flores, donde los ruiseñores gorjean sus cánticos alegres.

De todos modos, París está triste y melancólico; y sin las carreras de caballos, sin el teatro y sin las mesas que hablan tantas cosas, sería cosa de desesperarse. La ciencia electro-magnética está tan á la moda, que por ella hasta se abandonan las carreras de Chantilly. En efecto, ¿qué tiene de extraordinario el que los caballos corran mucho?... Dios les ha dado piernas para eso; pero una mesa que habla, que pronostica el porvenir, que revela los mas intimos secretos de los corazones y de las conciencias, esto asombra, maravilla y aturde.

Yo, por mi parte, debo confesar que no creo mucho en las mesas susodichas; aunque sin embargo, hombres muy graves y formales afirman que una mesa magnetizada responde cuando la preguntan, y sin equivocarse.

¿En qué siglo vivimos?... Hemos otra vez en los brujos, en los hechiceros y en los duendes. París pierde completamente la cabeza; y aquí, para entre nosotros, debo decir que mas bien que las mesas son las cabezas parisienses las que giran y dan vueltas.

Los diarios de la capital están llenos de casos fabulosos, y de experimentos intentados sobre el velador de M. Tres Estrellas, ó sobre la mesa de comer de Doña Fulana. La electricidad es la cuestión del día; nuestros dedos meniques son ya tan picaruelos como lo fueron los de nuestras abuelas.

Pero, ¿y la moda, en dónde está la moda?

El mundo elegante se divide entre las carreras de caballos, los viajes y las diversiones parisienses; por consiguiente un hombre á la moda ó que pretenda serlo, debe tener varios trajes, en relacion con las exigencias de la vida.

El frac de montar á caballo no es el mismo que el de viaje, y el de paseo ó de visita difiere enteramente de los otros, que tienen un sello particular y especial.

Para paseos solitarios, á caballo, sea por el bosque de Bolonia, ó por el campo, se lleva una especie de fraquecillo de coti ó de cachemira, cerrado con enormes botones bronceados. El pantalón es de punto de lana, tela flexible y blanda muy apreciada y muy á la moda. El sombrero es redondo de fieltro gris. Las botas de becerro inglés, abotonadas por el lado, con botines cenicientos. Una corbata de fantasía completa este traje; la ropa blanca debe ser irreprochable. La camisa de color no es admisible sino á la condición de que sea de finísima batista, con dibujos pequeños. Las camisas de color de grandes cuadros escoceses, son propias de los traficantes de caballos, y no de los que montan por recreo.

Para las carreras ó la caza, el frac de montar toma proporciones de una elegancia extremada. Se hace de paño verde ruso con botones de oro cincelados; lo que mejor sienta con el frac de este color, es el calzón blanco ó de color de perla. El sombrero se lleva á la Dorsay: corbata de un solo color, botas de charol, y látigo de esos que parecen verdaderas alhajas.

El frac de viaje es corto, á la inglesa, de una forma muy sencilla, y con una sola hilera de botones. Se hacen de lana ó de coti, á voluntad; es un vestido ancho, sin ser saco. El talle es largo y cuadrado, con anchas carteras á los lados, y mangas sin bocamangas.

Los fraques de vestir siguen como ántes. Se llevan abotonados, con anchos y largos faldones, lo que está muy lejos de ser gracioso.

Para negligé, se ven menos fraques Newmarket que en los años anteriores, y tambien se ven pocas levitas cruzadas.

Los chalecos mas á la moda se hacen á chal, pero este se divide en tres categorías, á saber: muy abierto para vestir, cruzado para fantasía, y corredizo ó de cuello caído, que se abotona todo. Mas bien son cortos que largos. Tambien se hacen muchos chalecos, cortados derechos por delante, dejando descubierta la camisa con un cuellecito subido.

La forma de los pantalones no varia. Los de coti se hacen muy anchos; por abajo van casi ajustados con trabillas. Los de lana son mas estrechos que los de hilo.

Hay muy pocas novedades para pantalones; no se ven mas que rayas, cuadros mas ó menos grandes, mas ó menos chinos, y esto es todo. Por eso los hombres de buen gusto prefieren los coties lisos, á todos esos dibujos raros y grotescos, sin nada de notable. Hay sin embargo una tela á la moda que se llama Imperial, y que se parece al camelote que se llevaba ántes, únicamente que la imperial de hoy es de hilo puro, y el camelote

era de lana. Pero de esta tela se hacen trajes enteros para el campo, blancos, azulados ó cenicientos.

Los paletots y jaquetas que se hacían el último año de Orleans, tela reluciente y sedosa, que gastaban las mujeres elegantes para sus trajes de mañana, se hacen actualmente de Alpaga: el Orleans no es ya de moda.

— ¿Y porqué?

— Porque todo el mundo lo llevaba.

En Francia el hastío es muy comun, y lo mismo se gastan las telas que los sentimientos.

En la mayor parte de las prendas de estío se suprimen las bocamangas, que habian tomado ya un vuelo prodigioso. Cuando se ponen son menos anchas, y con aberturita redonda por abajo.

Las levitas de fantasía se hacen de *marqueta*, tela enteramente de fantasía, de color oscuro.

Para pantalones, despues de las telas lisas que son las preferidas, se emplean los colores castaño oscuro con rayas por arriba, y á la escocesa por abajo. Esta clase de pantalones son horribles. Solo los que quieren singularizarse se ponen los tales pantalones.

Las modas de niños son tan caprichosas, que casi es imposible analizarlas y describirlas.

Los niños de cuatro á siete años llevan blusitas de coti, ó de piqué estampado, muy ancho y con un galon al rededor; los pantalones son tambien muy anchos, y con pliegues en la cintura. Los chalecos se llevan de piqué ó gamuza, y se abotonan rectos.

A este traje acompaña un sombrerito blanco con cintas de muaré blancas, ó de cuadritos en el fieltro ceniciento. — Tambien se lleva el sombrero marinero de fina paja de Italia, la gorrita inglesa, tambien de paja, ó la gorrita de fantasía de valencias, mezcilla, y coti de cuadros.

Nuestro figurin viene en apoyo de todas las noticias de la moda que contiene la presente revista, que siento no haber podido hacer mas divertida y graciosa; pero desgraciadamente la moda práctica no es ni alegre ni poética, y es imposible escribir una novela sobre el corte de un pantalón ó sobre la hechura de una levita.

El primer personaje de nuestro figurin representa el tipo verdadero del *pilluelo de París*. En la cabeza lleva una gorrita llamada á fuelle, muy parecida á la que llevan los húsares de media gala. La chaquetilla es de coti, redonda por abajo, sin cuello, de modo que no se puede abotonar sino cuatro botones por arriba. Vista por detrás, esta chaquetilla es enteramente derecha y corta. Las mangas son muy anchas, sin bocamangas. El pantalón es del mismo coti que la chaquetilla, con pliegues en el talle; va ajustado á la rodilla, y sostenido con un botín muy alto.

El segundo personaje es un hombre de treinta años, con un traje de viaje. Su paletot es de *elasticotina cenicienta*, abotonado por arriba con una sola hilera de cuatro gruesos botones de seda, igual al que cubre el cuello y las vueltas de las mangas. El corte es holgado, de modo que cae naturalmente por delante y por detrás como los antiguos tweds, sin costura á través de los embebidos.

El chaleco es de valencias escoceses, abotonado recto.

El pantalón con rayas al sesgo, es ancho y sin trabillas.

El tercer personaje lleva un traje elegantísimo. El fraque es de paño azul-Eugenia, con una sola hilera de botones, cuello y solapas cubiertas con muaré del mismo color. El chaleco es de valencias, con muchas rayas sombreadas, derecho á la inglesa, abotonado con cinco botones. Pantalón de satin gamuza, redondo por abajo, y con una trabillita.

El cuarto personaje representa un jóven de veinticinco á treinta años, en traje de vestir muy distinguido.

La levita es de paño bronceado, ajustada al talle, sin ser estrecha; el faldón es largo, sin exageración; el cuello, las solapas y las bocamangas van forradas con granadina de seda rayada. Con esta levita de vestir se puede llevar chaleco de seda con grandes dibujos ó de chal cruzado. El pantalón es de hilo blanco, dejando descubierta el zapato y la media de seda, con una trabillita de la misma tela.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Museo de Thorwaldsen en Copenhague.

El museo de Thorwaldsen, obra del arquitecto G. Btinesboll, se principió el año 1839. En su centro, conforme al deseo de Thorwaldsen, se erigió un sepulcro en el que se colocó un fétetro el 6 de setiembre de 1848, luego de concluido el museo. En el espacio que ocupa el sepulcro hay en el suelo una cruz negra con la fecha del año en que murió, 1844; á los lados se ven rosas y lirios y en la losa dos ramas de palmera. Por consiguiente el museo de Thorwaldsen es tambien su mausoleo. La arquitectura de este edificio está tomada en su mayor parte de los antiguos mausoleos griegos y etruscos, y su adorno, particularmente en los muros que rodean el sepulcro de Thorwaldsen, recuerdan el ornato de los túmulos antiguos. El genio que se ve en un carro en la cornisa que hay debajo de las ventanas, representa al hombre corriendo tras un objeto que al fin alcanza victorioso á fuerza de obstáculos y desgracias. En los espacios intermedios se hallan colocados jarrones y trípodes que entre los antiguos servían de recompensas por acciones de guerra y de donativos á los dioses por una victoria obtenida; y por lo alto de los muros crecen laureles, encinas y palmeras, cuyas hojas y ramas eran distintivos de honor y victoria. El edificio que aparece en el fondo del museo representa la iglesia del palacio de Christiansborg.

Casa Consistorial de Paris.

En una obra titulada, *Guía de Paris y Londres*, publicada por uno de los redactores de nuestro periódico, y acerca de la cual no nos es permitido decir aquí, sino que ha merecido la mejor aceptación entre los viajeros españoles ó americanos, hallamos las siguientes noticias de ese célebre monumento conocido bajo la denominación de *Hotel de Ville*.

«La construcción de este edificio data de fines del siglo XIV, bajo el reinado de Francisco I. Dícese que fué edificado sobre las ruinas de una casa que había habitado Carlos V.

Los planos de este monumento fueron levantados por un arquitecto italiano llamado Domingo Cortone, y aunque se principió en 1533 la obra no estuvo concluida hasta 1686.

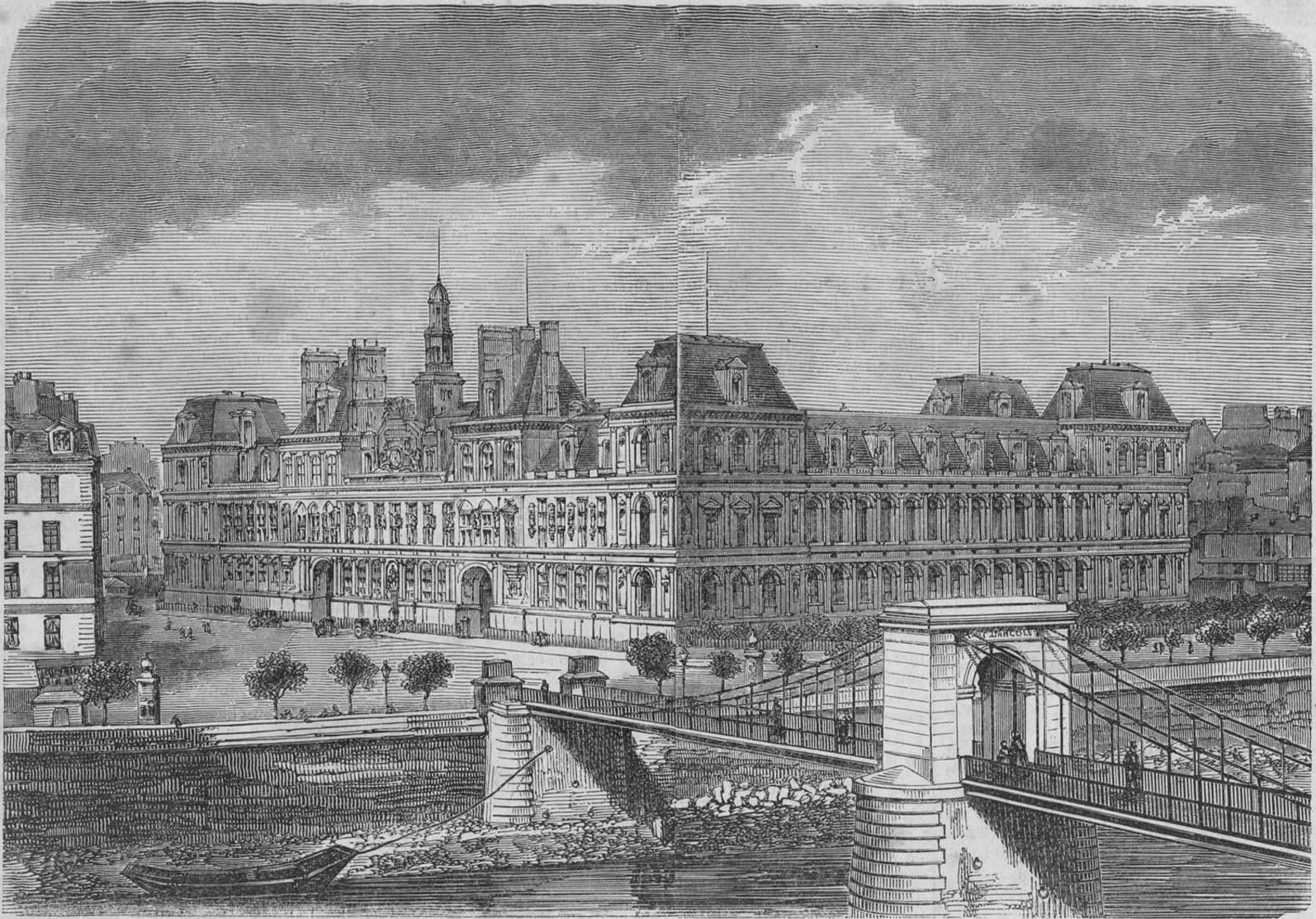
» Este antiguo edificio era en general de bastante mal gusto en todos sus pormenores, pero en el día la ciudad de Paris tiene otro palacio mas digno de ella?»

» La antigua puerta principal de entrada que da á la plaza llamada de la Grève, y que ha sido conservada en el nuevo palacio, está coronada con un bajo relieve en bronce representando á Enrique IV á caballo. Después de pasar dos peristilos se llega á un patio con cuatro alas. En frente de la puerta de entrada se ve una estatua pedestre de Luis XIV hecha por Coisevox, la cual es

de bastante mérito. En los aposentos del primer piso se hallan las oficinas de la administración municipal, y de la prefectura del Sena.

» Hacia los años de 1801 esta casa de ayuntamiento fué restaurada interiormente, y se la dió tambien mas extensión. Desde aquella época se ha trabajado en ella

Europa. Delante de la fachada que mira al rio, hay un bonito jardin de forma semicircular, con una verja. Todo el edificio está adornado con estatuas de los hombres célebres en Paris por sus talentos ó virtudes, y con los nombres de cada personaje inscritos en sus respectivos pedestales.



» Este edificio es el centro de todas las revoluciones parisienses desde los tiempos mas remotos. En 1792 fué la residencia del comité terrorista; allí se vieron las últimas pericias del Imperio; allí ocurrieron tambien las catástrofes de los Borbones restaurados, y entronizados luego; allí fué proclamado Luis Felipe, y de allí salió tambien la forma de gobierno republicano inaugurada en Francia en nuestro siglo por la revolucion del 24 de Febrero.»

Solo debemos añadir continuando la historia política, que allí tambien fué proclamado

el actual Imperio después del último plebiscito y, en cuanto á la parte de ornato, que este edificio rodeado antiguamente de casas antiguas, y de calles tortuosas, toma hoy un aspecto mas brillante por la prolongación de la calle de Rivoli.

M. U.

AVISO AL PUBLICO,

La importancia de nuestra publicación, la primera sin duda en su género de cuantas se han ensayado hasta aquí en idioma español, así por las interesantes materias que comprende como por la excelencia de sus grabados y el esmero de su parte tipográfica, nos hizo esperar, ántes de emprenderla, que el público americano la dispensaría una favorable acogida, y en esta persuasión hicimos desde luego una larguísima tirada. Nuestro pronóstico se ha

realizado, ó por mejor decir, el éxito ha sobrepasado en mucho á nuestras esperanzas; pues segun los pedidos que en cada correo nos llegan de distintos puntos de América, pronto se agotará la edición de los números que llevamos publicados.

En consecuencia de lo dicho, hemos resuelto aumentar considerablemente la tirada desde el tomo SEGUNDO que empezará en el número 27 de esta PARTE ILUSTRADA Y LITERARIA del Correo de Ultra-

mar. Pero como nos sería muy difícil por ahora hacer una nueva edición de los números que han de formar el primer tomo, advertimos á las personas que piensen suscribirse á nuestro periódico, que deben apresurarse si quieren tener completa la colección; pues, como llevamos manifestado, los pedidos que de todas partes recibimos, son tan numerosos que dentro de poco se habrán agotado los ejemplares existentes.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION :

Este periódico sale á luz CINCUENTA Y DOS VECES AL AÑO, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Londres. Cada número se compone de 16 páginas de impresión sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscriptores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer, y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRIPCION AL AÑO.

Para la Habana.	12 pesos fuertes	Para Centro América, Panamá y todas las agencias de la costa del Pacífico.	15 pesos fuertes
Para el interior de la Isla de Cuba.	15 » »	Para Valparaiso, Santiago de Chile, San Fco de California y el Paraguay.	16 » »
Para Puerto Rico.	13 50 macaquinos		
Para el interior de la Isla de Puerto Rico.	18 » »		
Para las Antillas francesas, inglesas y Costa Firme.	12 pesos fuertes		
Para la Plata, República Argentina y el Brasil (por los vapores del 9 de cada mes).	14 » »		
Para la provincia de Cúmana.	12 75 » »		

NOTA. — No se admiten suscripciones á este periódico sino por semestres, principiando en Enero y Julio de cada año. La suscripción se paga por semestres, y siempre adelantados, sin excepcion alguna.

Los suscriptores en cuyos puntos no residan agentes ni estacionen los vapores, pagarán además los gastos de transporte y de correo á los referidos agentes en su domicilio.

SE RECIBEN LAS SUSCRIPCIONES EN LAS AGENCIAS SIGUIENTES:

Londres.	MM. SIMMONDS.	Demerara.	MM. Richard HAYNES.	Quito.	MM. Alfonso PRIEUR.
Nueva York.	— Eug. DIDIER.	Guatemala.	— P. J. LOSS.	Rio Hacha.	— J. Manuel GOENAGA.
La Habana.	— ROUSSEAU LANGWELT.	Guayaquil.	— Alfonso PRIEUR.	San Francisco (California).	— MASSEY, FINANCE Y C ^a .
Arica.	— BILLINGURST Y TAYLOR.	Laguayra.	— A. M. MOLLEJAS, casa de los Sres. LAGRANGE Y ENGELKE.	Santo Domingo.	— Dr MORINGLANE.
Arequipa.	— J. Maria REY DE CASTRO.			Santa Marta.	— A. MIRAMON.
Asuncion (Paraguay).		Lima.	— José MACIAS.	San Juan de Nicaragua.	— Juan MESNIER.
Buenaventura.	— VASQUEZ CORDOYA.	Maracaibo.	— P. CASAUX.	Santiago de Cuba.	— Felipe LAY.
Bogota.	— SIMONNOT.	Matanzas.	— F. DEVILLE.	Trujillo del Perú.	— Andres ARCHIMBAUD.
Buenos Ayres.	— CLARMONT.	Maturin (Cumana).	— P. BAUPERTRUY.	Santiago de Chile.	— Pascual EZQUERRA Y GIL.
Id.	— LUCIEN É HIJO.	Monpoz.	— J. M. PEREIRA.	San Tomas.	— BENEDETTI.
Caracas.	— J. C. CORBIN.	Méjico.	— BOIX, BESSERER Y C ^a .	Tacna.	— Carlos BASADRE.
Id.	— Emilio PHILIP.	Montevideo.	— A. LAS CAZES.	Tampico.	— A. DELILLE.
Cartajena.	— H. P. DE LA VEGA.	Panama.	— SMITH Y C.	Valencia.	— Achille LETTERON.
Calí.	— J. Maria CANADAS.	Popayan.	— Rafael IRURITA.	Valparaiso.	— Pascual EZQUERRA Y GIL.
Ciudad Bolívar.	— THIRION.	Porto Cabello.	— Rafael ROJAS.	Vera Cruz.	— Juan CARREDANO.
Cobija.	— ARTOLA Y C ^a .	Puerto Rico.	— J. M. SANCHEZ ENRIQUEZ.		

INDICE DE LAS MATERIAS

DEL TOMO PRIMERO.

Número 1.	páginas.	Número 6.	páginas.	Número 11.	páginas.
Prospecto	1	Santa Genoveva y el Panteon; (grabado.)	81	La venganza de los difuntos	150
Querellas amorosas	2	Correo de Paris	83	Palabras de un moribundo	151
Fragmentos de la historia de la fotografía	id.	Santa Genoveva; (grabados.)	84	Costumbres francesas; (grabados.)	152
Proclamacion del imperio; (grabados.)	3	El Tamborilero de Villaviciosa	86	Puente de Boom; (grabados.)	153
Boletin científico	6	Letrilla	87	D. Juan de Lanuza	154
Historia de la semana	7	Noticias sobre la ciudad de Aghouat; (grabados.)	id.	Erupcion del Etna	id.
Letrilla	10	Costumbres y creencias religiosas	90	Del renacimiento y embellecimiento de Venecia; (grabados.)	155
Una aventura en las montañas Rocheuses	id.	Detalles tomados del Monitor sobre la expedicion del general Pelissier al Sud, y toma del Aghouat; (grabados.)	91	Revista de la moda	158
El duque de Bailen y lord Wellington; (grabados.)	11	Revista científica	94	Lavengro	id.
Luis de Glenvenez; novela	14	Revista de la moda	95	Jorje Schmidt; (grabados.)	160
Recepcion de la mision de los padres capuchinos por el cabildo de Tolon; (grabado.)	16	El Circo Napoleon; grabado.)	96		
Número 2.		Número 7.		Número 11.	
Estatua de la reina de España; (grabado.)	19	Comunicacion del Emperador Napoleon III, relativa á su matrimonio; (grabado.)	97	La Semana Santa en España; (grabados.)	161
El baratero, poesia	id.	Poetas españoles contemporáneos	98	Poetas españoles contemporáneos; D. Manuel Breton de los Herreros	162
La Andalucía; (grabados.)	id.	La soledad	99	Historia de la Semana	163
Abd-el-Kader; (grabados.)	22	Boletin científico	id.	Cantos populares de Suecia	164
El gran teatro	23	Matrimonio civil del Emperador; (grabados.)	100	El mes de María; (grabado.)	165
Palestina; (grabados.)	24	Historia de la semana	101	De Gibraltar á Lisboa	166
Picaro mundo	26	Arqueología	102	Lo que se ve por la ventana	id.
Correo de la semana	id.	Boletin bibliográfico	103	Cárlos Grandemange	167
El dia del año en China	27	La venganza de los difuntos	id.	El Perú y Bolivia; (grabados.)	id.
Oriental	id.	Casamiento religioso del Emperador; (grabados.)	106	Al rededor de Trieste	170
Grabados de varias vistas de América, y de un nuevo sistema de barco á vapor	28	Un arresto en las lagunas Pontinas	108	Un arresto en las lagunas Pontinas	171
Boletin científico	30	Polka	109	La mazurca	172
San Anselmo de Cantorbery	31	Redowa	110	Establecimiento de una iglesia católica en el Aghouat; (grabados.)	173
Enfermedad de la remolacha; (grabado.)	id.	Crónica literaria	111	Arqueología	174
		Las primeras impresiones de la vida	112	D. Juan de Lanuza	id.
		Busto de la Emperatriz; (grabado.)	id.	Lavengro	id.
		Medalla	112	Naufragio del buque de vapor el Parisiense á Andance; (grabado.)	176
Número 3.		Número 8.		Número 12.	
Exposiciones universales; (grabados.)	33	Poetas españoles contemporáneos; D. Manuel Breton de los Herreros	113	Poetas españoles contemporáneos; D. Francisco Martinez de la Rosa	177
La Inglaterra	34	Trajes de la corte de Francia; (grabado.)	id.	Historia de la semana; (grabado.)	179
Epigramas	35	María Teresa	114	Proyecto de decoracion monumental; (grabados.)	178
Exposicion industrial de Rusia; (grabados.)	id.	Boletin científico	115	La caza del ciervo en Mobile; (grabados.)	181
Historia de la semana	38	Un paseo por el Levante; (grabados.)	116	Un arresto en las lagunas Pontinas	182
Australia	39	La venganza de los difuntos	119	Soneto	id.
Escenas y croquis de viajes; (grabados.)	id.	Los queseros; (grabados.)	120	Trabajos de restauracion del Conservatorio de Artes de Paris; (grabados.)	184
El cura médico	42	D. Juan de Lanuza	122	Magnetismo animal	186
El puente del Liñon; (grabados.)	45	Historia de la semana	123	El Perú y Bolivia; (grabados.)	187
Varietades	46	Revista agrícola; (grabados.)	id.	D. Juan de Lanuza	190
El general Belzu; (grabado.)	47	Las primeras impresiones de la vida	126	Revista agrícola	id.
		El simbolismo caballeresco	127	Boletin científico	191
		La pistola revolver; (grabado.)	128	Descripcion de los bordados	id.
				Caricaturas griegas y romanas; (grabados.)	id.
Número 4.		Número 9.		Número 13.	
La sociedad de Comercio de Bruselas; (grabado.)	49	Insurreccion de Milan; (grabado.)	129	Poetas españoles contemporáneos; D. Francisco Martinez de la Rosa	193
La Inglaterra	50	Poetas españoles contemporáneos; D. Manuel Breton de los Herreros	130	Historia de la semana; (grabado.)	194
Letrilla	51	El simbolismo caballeresco	131	Monte-Cristo; (grabados.)	195
Escenas y dibujos de viaje; (grabados.)	id.	Montenegro y los montenegrinos; (grabados.)	id.	D. Juan de Lanuza	199
Nuevas adquisiciones hechas por el Museo de Historia natural de Paris; (grabados.)	33	D. Juan de Lanuza	135	El Bósforo; (grabados.)	id.
Polka	34	El teatro antiguo	id.	Magnetismo animal	202
Paris á vista de pájaro; (grabado.)	36	Un paseo por el Levante; (grabados.)	138	Excursion en Venezuela; (grabados.)	204
Luis de Glenvenez	38	La venganza de los difuntos	140	Proyecto monstruo; (grabados.)	205
Inauguracion del monumento erigido á Daguerre en Bry; (grabado.)	60	Obra de escultura hallada en Cartago; (grabados.)	id.	La venganza de los difuntos	206
Huracan ocurrido el 24 de noviembre de 1852 en Provenza y Languedoc; (grabado.)	61	La Sonora; (grabados.)	142	Revista de la moda	id.
Boletin científico	62	Historia de la semana	143	Cera vegetal y cera de abejas	207
Modas de hombres	id.	Modas de hombres	id.	Lavengro	id.
Camino de hierro internacional de Paris á Madrid y Lisboa	63	Rubias y morenas	144	La reina Victoria y el príncipe Alberto; (grabados.)	208
Mapa general de caminos de España y de Portugal	64	Familia de Abd-el-Kader; (grabado.)	144		
Número 5.		Número 10.		Número 14.	
El Abánico; (grabado.)	65	Baños de la reina Cristina; (grabado.)	143	Poetas españoles contemporáneos; D. Francisco Martinez de la Rosa	209
Viaje de Abd-el-Kader	66	Poetas españoles contemporáneos; D. Manuel Breton de los Herreros	id.	Historia de la semana; (grabado.)	210
Boletin Bibliográfico	id.	Historia de la semana	146	Epigramas	211
Las cascadas de Niágara; (grabados.)	67	El horóscopo de Catalina de Médicis	147	Produccion y comercio de flores en Paris; (grabados.)	id.
Las modas en la hermosura	70	Capilla subterránea erigida en la iglesia de Bethleem; (grabado.)	148	Francia pintoresca, trajes del Delfinado; (grabados.)	213
Cascadas del Niágara; (grabados.)	71	El olivo, las olivas y el aceite; (grabados.)	id.	La Cochinchina	214
Sobre los sordos-mudos y los ciegos	74	Un paraiso contemporáneo	149	Recuerdos de la Saboya	215
Un arresto en las lagunas Pontinas	75				
La presa del Nilo; (grabados.)	76				
Luis de Glenvenez	78				
Revista literaria	79				
Descripcion del bordado	id.				
Ascension aereostática; (grabado.)	80				

INDICE.

	páginas.		páginas.		páginas.
Estudio del pintor M. Diaz; (grabado.)	216	El café y el tabaco en Constantinopla	id.	Revista de la moda	351
El salon de Mma. Viardot; (grabado.)	217	Gotas de agua	279	Descripcion de los bordados	id.
D. Juan de Lanuza	218	Obras en las embocaduras del Ródano; (grabados)	id.	La Suecia; (grabados.)	id.
Agricultura	id.	La Peña de los Enamorados	182	Número 23.	
El gran secreto de la goma inglesa	219	Fiestas indianas	283	Poetas españoles contemporáneos; D. José Zorrilla	353
Viaje al Archipiélago; (grabados.)	id.	El ejército de la China; (grabados.)	id.	Historia de la semana; (grabado.)	354
Revista de la moda	222	La estatua de nieve	286	Shakespeare y sus contemporáneos	355
La venganza de los difuntos	223	Animales célebres	287	La Francia pintoresca; (grabados.)	356
El emperador de Rusia; (grabado.)	224	Revista de la moda	id.	Telégrafo eléctrico sub-marino; (grabados.)	357
Número 15.		Leopoldo I, rey de los belgas; (grabado.)	288	El alférez D. Gabriel	358
Poetas españoles contemporáneos; D. Francisco Martínez de la Rosa	225	Número 19.		El pintor de muestras	359
Estadística del Sacro-Colegio	226	Poetas españoles contemporáneos; D. Antonio Gil y Zárate	289	La Suecia y sus trajes nacionales; (grabados.)	id.
Ejército inglés	id.	Historia de la semana; (grabado.)	290	Los siete vagabundos	362
D. Juan de Lanuza	227	Letrilla	291	Recuerdos del Brasil	363
Historia de la semana; (grabados.)	id.	Expedicion salida en busca de sir John Franklin; (grabados.)	id.	Los Niebelungen	id.
De las doce á las dos	230	David Swan	294	La Alsacia; (grabados.)	id.
La isla de Java; (grabados.)	231	Bernardo	id.	Un drama en el Océano Pacífico	366
La venganza de los difuntos	234	Notas y recuerdos	295	Batalla de Arcole	id.
Naufragio y salvamento de la Indiana; (grabados.)	236	Motor Eriksson	298	Revista de la moda	367
Narracion de una catástrofe	238	Ciencias	id.	El baile de las mesas; (grabados.)	id.
Fuga de Mma. de Larochejacquelin	id.	Gustos gastronómicos de algunos personajes célebres	299	Número 24.	
Anécdotas	239	Refranes de los negros de Santo Domingo	id.	Poetas españoles contemporáneos; D. José Zorrilla	369
Boletín científico; (grabado.)	id.	Marruecos; (grabados.)	300	Historia de la semana; (grabados.)	370
Número 16.		Bibliografía	302	Mirabeau y Lavater	371
Poetas españoles contemporáneos; D. Antonio García Gutierrez	242	Revista de la moda	303	Colegio de jóvenes musulmanas en Argel; (grabados.)	id.
Historia de la semana; (grabado.)	id.	Catástrofe causada por una avalancha; (grabado.)	304	Las procesiones del Córpus en Montpellier; (grabado.)	373
Anécdota	243	Número 20.		El alférez D. Gabriel	374
El Archipiélago y los Dardanelos; (grabados.)	id.	Poetas españoles contemporáneos; D. Antonio Gil y Zárate	305	Paso del monte de S. Bernardo	375
Los Santos Lugares	245	Historia de la semana; (grabado.)	306	El hortelano de Paris	id.
El Santo Sepulcro; (grabados.)	id.	Museo de carruajes históricos de Versalles	307	Caza del Kanhwín ó jervo	id.
De las doce á las dos	246	Aparato de salvamento del señor de Saint-Simon-Sicar; (grabados.)	308	Exposicion de Bellas Artes de Paris; (grabados.)	id.
Precauciones y remedios contra varios inconvenientes que alteran la hermosura	247	Expedicion salida en busca de John Franklin; (grabados.)	309	Los siete vagabundos	378
Notas y recuerdos de como se embarca en Key-West, y se desembarca en la Habana; (grabado)	id.	La mano roja	310	Boletín científico	379
Inauguracion del camino de hierro de Turin á Savigliano, el 13 de Marzo de 1853; (grabados.)	249	Cálculos espirituales. — Toques espirituales	311	Excavaciones de M. Beule en la Acrópolis de Atenas; (grabados.)	id.
El grupo fósil	250	Las brisas tirolianas, vals	312	La Violeta; polka	381
Gustos gastronómicos de algunos personajes célebres	251	Bernardo	314	La Virgen de Nimes	382
La Partenza	252	Monumentos de los incas en el Perú; (grabados.)	315	Los héroes se copian	id.
Revista agrícola	254	Estética de la locura y toxicología dramáticas	318	Remedio contra la hidrofobia	383
La batalla de Lepanto	id.	Revista científica	319	Testamento curioso	id.
Fragments sobre la Australia	255	Victor-Manuel, rey de Cerdeña; (grabado.)	320	Inauguracion de una fuente monumental en S. Pedro de la Martinica; (grabado.)	384
El castillo de Dunstan	id.	Número 21.		Número 25.	
La Rondeña española	id.	Poetas españoles contemporáneos; D. Antonio Gil y Zárate	321	Poetas españoles contemporáneos; D. José Zorrilla	385
D. Pedro Santana y D. Buenaventura Baeza; (grabados.)	id.	Historia de la semana; (grabado.)	322	Historia de la semana; (grabado.)	386
Número 17.		Descripcion geográfica del reino de la poesía	323	Procesion del Córpus en Roma; (grabado.)	387
Poetas españoles contemporáneos; D. Antonio García Gutierrez	257	Profesion religiosa; (grabados.)	id.	Una excursion por Holanda; (grabados.)	389
Historia de la semana; (grabado.)	258	Exposicion de los productos de la industria universal en Dublin; (grabados.)	325	El alférez D. Gabriel	390
Viaje en busca de Franklin	259	La mano roja	326	El ensayo de un drama	391
La divina fiesta en Aix y Marsella; (grabados.)	260	La buena y la mala fortuna	327	Exposicion de Bellas-Artes de Paris; (grabados.)	392
Un corazon de niña	262	Los criaderos de la California; (grabados.)	id.	El ladron maestro	394
Notas y recuerdos; (grabados.)	263	Un pobre enfermo	330	El valle del Danubio, en Beuron; (grabados.)	395
La bomba de Salem	266	Recuerdos de la Granja	331	Sobre la tumba de	398
Una velada en Triana	267	El puerto y los docks de Londres; (grabados.)	id.	Revista agrícola	399
El tiempo y la cuenta	id.	Un matrimonio en la India	334	Nuevo modo de transigir	id.
La secta de los Mormones en los Estados-Unidos; (grabados)	id.	Revista agrícola	335	Ramillote de flores artificiales; (grabado.)	400
Refranes rusos	270	Número 22.		Número 26.	
La estatua de nieve	id.	Poetas españoles contemporáneos; D. Juan Eugenio Hartzenbusch	337	Poetas españoles contemporáneos; D. José Zorrilla	401
El aniversario	271	Historia de la semana	338	Curiosidades inglesas	403
Inauguracion en Marsella de la estatua del obispo Belzunce; (grabado.)	272	Despues de la boda	339	Puente del Espíritu-Santo	id.
Número 18.		La fiesta de los alemanes en Roma; (grabado.)	id.	Fiestas del Ramazan en Constantinopla; (grabados.)	id.
Cuadro del señor Galofre	273	Marruecos; (grabados.)	341	Francia pintoresca; (grabados.)	405
Poetas españoles contemporáneos; D. Antonio García Gutierrez	id.	Recuerdos de un viaje á la Tartaria y al Thibet	342	Historia de la semana; (grabado.)	406
Historia de la semana	274	Los baños de Uriage; (grabado.)	343	A las lectoras	id.
Poesias	275	Cabalgata en favor de los pobres; (grabado.)	345	Fortificaciones de Nancy	407
Mozart	id.	El alférez D. Gabriel	346	Vista interior de las galerias de S. Huberto en Bruselas	id.
Baile dado por el ayuntamiento de Bruselas; (grabado.)	276	Un teatro de estilo árabe en Tiflis	347	Concurso general de animales reproductores, instrumentos y productos agrícolas en Orleans; (grabados.)	id.
Estado de Nicaragua; (grabados.)	277	El paseo bajo los tilos	id.	Exposicion floral de Versalles; (grabados.)	409
La razon de un duelo	278	Recuerdos de la Holanda; (grabados.)	348	Las tres Parias	410
		Una actriz	350	Monumento de la Magdalena en Paris	411

FIN DEL INDICE.